CRITERIO

EL PASADO Y EL FUTURO
GUSTAVO J. FRANCESCHI

EL PROBLEMA DE LA FE
JACQUES LECLERCQ

PARA UNA BIBLIOGRAFIA DE GRAHAM GREENE
ADOLFO SILVA DELGADO

LECCIONES DE MI RECIENTE VIAJE A EUROPA
MONS. MIGUEL DE ANDREA

— INFORMACION CATOLICA — LIBROS
PENSAMIENTO PONTIFICIO — TEATRO — CINE

DIRECTOR
Mons.
GUSTAVO J.
FRANCESCHI



$ 2.-

10 de Enero de 1952
Año XXIV
Nº 1155

EL PASADO Y EL FUTURO

GUSTAVO J. FRANCESCHI

EL celebrarse en estos días la terminación de un año y la iniciación de otro me ha movido a reflexiones que deseo exponer a los lectores de la revista. Giran ellas en torno al cambio que se está efectuando en las estructuras intelectuales, político-sociales, económicas, técnicas, artísticas y hasta geográficas del mundo. No es la primera vez, por cierto, que abordo el tema en estas mismas páginas, pero fué casi siempre de soslayo, y tocando nada más que uno de sus aspectos. Deseo hoy, al entrar el año 1952, trazar un cuadro de conjunto, que será necesariamente sintético pero que, según espero, mostrará de alguna manera la trascendencia del problema cuya solución es requerida por la generación presente. Se lo ha comparado en más de una oportunidad con los acontecimientos que señalaron la caída del imperio romano, y yo mismo lo hice no ha mucho; pero si bien el cotejo es exacto en cuanto a la hondura de la transformación, difiere en caracteres importantísimos que es necesario destacar. Entre ellos encuéntranse tres: ante todo la universalidad de la crisis que abarca los cinco continentes; luego su amplitud, pues se extiende simultáneamente a todas las formas de la actividad humana tanto individual cuanto colectiva; y por fin su rapidez ya que la que estalló hace catorce siglos tuvo un desarrollo lento, y ahora la casi totalidad del drama se desarrolla en poco más de una generación. De mí puedo decir que durante mi juventud vivía aún en el pasado, y que mis cabellos blancos perciben el aura de los tiempos futuros, y pienso tener derecho a afirmar que si la primera de las trasmutaciones mencionadas, a pesar de sus terribles violencias, se efectuó sobre todo por *evolución*, la de ahora tiene una índole eminentemente *revolucionaria*, y se verifica por ruptura. Luego indicaré de qué manera, y el examen, aun cuando somerísimo, de los hechos afirmará, creo, mi modo de ver.

LOS diversos fenómenos a que he de referirme, y que a primera vista parecerían no tener conexión entre sí, están sin embargo emparentados por un aspecto común: se nos presentan todos como una explosión ya incontenible de ira contra un pasado que no se puede soportar. Casi todos, más que afirmar una nueva y definida posición, significan que se reniega de lo admitido ayer. Los promotores de esos movimientos, seguidos por inmensas y entusiastas muchedumbres, se lanzan al asalto de las viejas ciudadelas que parecían invencibles, y ante todo aspiran a tener el terreno despejado para construir, aunque no sepan todavía puntualmente qué forma adoptarán los nuevos edificios, ni están de acuerdo entre sí acerca de las futuras moradas.

Esa ira hállase compuesta sobre todo de desengaño. El término mismo de *Renacimiento* implicaba un concepto de vida nueva, de aurora después de una noche prolongada. Si bien se refirió en un comienzo a la filosofía y a la literatura, se extendió muy luego a la existencia entera: se afirmó que el hombre, después de un dilatado menoscabamiento en la servidumbre, lograría su verdadera dimensión en la libertad. Suponíase que la libertad de expresar el pensamiento propio, simbolizada en la nueva filosofía, y concretada en la Reforma, habría de ir paulatinamente acompañada por las libertades del orden político y económico. El pensamiento democrático, que iba abriéndose paso bajo diversos aspectos en Gran Bretaña, Francia, Italia, los Países Bajos, acabaría, —decíase—, con los despotismos monárquicos que sin duda se acentuaron con los "reyes de derecho divino" en la época posmedieval. La extinción progresiva de los gremios más o menos monopolizadores permitiría a cada individuo desenvolver sus aptitudes libremente para mejorar su posición económica, y el descubrimiento del Nuevo Mundo ensancharía hasta dimensiones planetarias las empresas de comercio. En otro terreno, la desaparición de los cánones del arte pasado de moda dejaría espacioso campo a la imaginación creadora de los artistas: ya no se hablaría de lo gótico y en el estudio de las obras maestras de la antigüedad se encontraría la base necesaria para las formas nuevas. Berdiaeff ha analizado muy prolijamente esa mentalidad carac-

CRITERIO

REVISTA QUINCENAL DE CULTURA

Aparece los 2os. y 4os. jueves de mes

AÑO XXIV — 10 de enero de 1952 — Nº 1155

●

TARIFA DE SUSCRIPCION
(Hasta el 31 de enero de 1952)

Anual	$	35.—
Semestral	„	20.—
Número suelto	„	2.—
„ atrasado	„	3.—

Todo pedido de suscripción deberá venir acompañado de su respectivo importe. Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

SUSCRIPCIONES DE AYUDA

Vitalicia	$	1.000.—	(una sola vez)
De protección .	„	100.—	Anuales
Especial	„	50.—	„

●

ALSINA 840, 1er. piso **T. E. 34 - 1309**

BUENOS AIRES

terística del Renacimiento que, al separar a Dios de múltiples aspectos de la vida, creyó dar al hombre la sensación de su verdadera grandeza, y que, contra toda su voluntad, acabó por reducirlo a esclavitud.

Porque, indiscutiblemente, la era renacentista, vista desde la cumbre histórica a que hemos llegado, puede llamarse *el período de las esperanzas fallidas*. Cualesquiera fueran las intenciones de sus prohombres, inició su marcha desarrollando la burguesía, cuyos gérmenes se hallaban en la época inmediatamente anterior, y llegó al término de su evolución implantando un pauperismo proletario. La oposición de las clases fué creciendo: el espíritu medieval no había establecido entre ellas una división tan honda como la forjada por el espíritu burgués. Ya durante el siglo XVIII la aristocracia consideró que el trabajo personal era incompatible con la nobleza. El liberalismo encarnado en la burguesía novecentesca, a pesar de su terminología democrática no pensó de otra manera, creyó que la colectividad debía ser regida, no por los mejores de *todas* las clases sino por los miembros de una sola entre ellas: la llamada *superior*, cuya superioridad fincaba en la posesión de más crecida riqueza. De ese modo se llegó a una tensión que se ha vuelto ya insoportable.

Esa tensión se había manifestado en diversas oportunidades. La Revolución Francesa no tuvo carácter libertador para la masa obrera, mucho menos importante en número y cohesión entonces que ahora; y todas sus violencias contra la monarquía y la aristocracia no condujeron, en último resultado, más que a la consolidación de la burguesía. Recuérdese que no estableció el sufragio *universal* sino el llamado *censitario*, que reservaba el derecho de voto a las clases económicamente acomodadas. Los movimientos revolucionarios que el año 1848 estallaron en diversos países de Europa, y la fundación de la primera Internacional, por Marx y sus compañeros, fueron la primera señal de un nuevo estado de ánimo, señal que por supuesto la burguesía no supo comprender, y que creyó podría ser fácilmente reprimido por la fuerza. La comuna de París, en 1871, constituyó una segunda campanada de alarma, cuyo sonido fué apagado por las armas de Versailles. Se pensó que el problema se situaba sólo en el terreno político, y que la agitación popular —ya propiamente proletaria—, se calmaría ensanchando el derecho de voto. Así, entre movimientos de tira y afloja, se llegó hasta la guerra de 1914-18 y la implantación del comunismo en Rusia. También se afirmó entonces, para tranquilidad de las gentes, que se trataba de un fenómeno puramente eslavo. Recuerdo haber leído que cuando Mons. Aquiles Ratti el futuro Pío XI, Nuncio entonces en Varsovia, en una reunión de diplomáticos, con motivo de la invasión soviética de 1919, manifestó que hechos similares podían surgir en cualquier país el embajador de Inglaterra exclamó "¡nunca jamás!" ("¡hever more!"). Los hechos se han encargado de desmentir al embajador.

La burguesía, —aun la denominada liberal,— una vez conquistadas las posiciones que obtuvo durante el siglo XIX, se ha vuelto conservadora, no en el terreno religioso, pues fué la mejor adepta del volterianismo, pero sí en el orden económico y político. Las razones invocadas para defensa del conservadorismo revisten un aspecto de gravedad solemne, pero bien analizadas se reducen a una: el régimen político-económico establecido representa *el orden;* ahora bien, sin

orden no existe vida social; por lo tanto las autoridades deben, a toda costa y como obligación suprema, impedir que el régimen existente sufra modificaciones de fondo. Y yo no afirmo que este modo de razonar sea producto de una maldad consciente; pero sí que es fruto de una mentalidad clasista, poco conciliable con el cristianismo, cuya caridad es esencialmente universal.

La clase obrera, por su parte, ha tomado conciencia de su fuerza, y no se satisface con el *paternalismo* que pueda haber en las demás clases, no pide benevolencia, sino el respeto de sus derechos o de los que tiene por tales; repudia la posición de inferioridad afirmada por el novecentismo, y reivindica *por lo menos* la igualdad social con todas las demás clases. Y digo *por lo menos*, ya que en los países dominados por el comunismo exige la supresión radical de las otras, para constituir de este modo una colectividad sin clases.

Es preciso convencerse de que el individualismo liberal, de tipo capitalístico en el peor sentido del vocablo, ha muerto, y que nadie es capaz de resucitarlo. El *torniamo al antico* que algunos esperan todavía de no se qué seismo, no pasa de ser, desde el punto de vista mundial, una de tantas fantasías que los escritores latinos calificaban de *sueños de enfermos* (aegri somnia). Cualquier movimiento que se produzca en cualquiera de los continentes deberá contar, so pena de rápido fracaso, con las adquisiciones realizadas. Hace unos años redacté algunas páginas sobre la denominación de *fuerzas vivas*, que en nuestro país se *reservaba* a las uniones comerciales e industriales: por lo visto ni las universidades, ni el magisterio, ni la Iglesia, ni los pensadores ni mucho menos las masas obreras, eran *fuerzas vivas;* sólo contaba el dinero. Esa fórmula, ridícula por lo mezquina e incomprensiva, es producto de lo que llamé mentalidad burguesa, que va siendo derrotada en el mundo entero. Hoy día la muchedumbre de los que desempeñan en la producción un esfuerzo manual o técnico está resuelta a no abandonar la posición duramente conquistada, y no la abandonará, siendo de notar que tal es el criterio no ya sólo de los grupos izquierdistas sino también de los cristianos: lo revela la actitud de éstos en los últimos movimientos sociales europeos. En 1791 la Convención, órgano de gobierno de la Revolución Francesa, extinguió con la ley Le Chapelier los gremios y vedó a los productores organizarse *en nombre de sus pretendidos intereses comunes*. Desde aquella fecha la situación se ha volcado fundamentalmente, y los sindicatos, prohibidos entonces, constituyen hoy, quiérase lo o no, una de las fuerzas dirigentes del mundo.

De ahí un cambio fundamental en las formas políticas. Entre la democracia novecentista y lo que hoy se califica así (y no hablo de la soviética), no hay de común más que el nombre. Hace cien años la democracia reivindicaba sólo la libertad individual, y consideraba que el arma principal de conquista era el sufragio. Hoy requiere además la participación orgánica y habitual de todas las clases en el gobierno; antaño era nada más que política, hogaño es sobresalientemente social. Este concepto no es nuevo *hoy;* pero cuando lo expresé en 1907 en un periódico católico, ciertas personas me criticaron con tanta violencia que la dirección de la revista me pidió suprimiera mis colaboraciones. Sé muy bien que el corporativismo, o sea el sindicalismo extendido a *todas* las profesiones, y representado oficialmente en el gobierno, es considerado por algunos como instrumento totalitario, lo cual se debe sobre todo a lo acontecido en Italia durante la era fascista. Pero respondo que si bien *puede* ser totalitario no lo es *necesariamente*, en virtud de su constitución esencial, y agrego que otro tanto ocurre con la democracia puramente política e individualista, como lo demuestra la historia de las instituciones civiles en el siglo XIX. De todos modos, el *hecho* de la orientación actual del sindicalismo, hasta del católico allí donde se halla bien constituído: Italia, Francia, Holanda, Bélgica, Alemania, etc., salta a los ojos, y con lamentar su existencia nada se consigue. Y a mayor abundamiento haré notar lo siguiente. El título de *ciudadano* que divulgó la Revolución Francesa fué eminentemente *político*, exaltaba al *individuo*, sintetizaba sus aspiraciones hacia la "libertad, igualdad y fraternidad"; hoy va siendo sustituído en importancia por el de *camarada* o *compañero*, que tiene su equivalente en todos los idiomas, y que mira directamente hacia *lo social*, y hasta puede decirse que lo clasista: se refiere a la colaboración en el trabajo. Este detalle basta para demostrar el fundamental cambio de ideas efectuado en la gran masa popular (1).

---

(1) Para evitar cualquier confusión creo indispensable puntualizar.

A) En la producción participan tres factores: dirección técnica, trabajo, capital (ya particular ya del Estado). Si la dirección técnica ejerce en la producción una acción absolutamente dominante, nos hallamos ante la tecnocracia; si el dominio es del capital estamos frente al capitalismo; si es del trabajo nos encontramos ante un sindicalismo de carácter absorbente, que puede llegar hasta un casi comunismo, o bien ante un socialismo de Estado si éste maneja los sindicatos como instrumentos de él. El verdadero régimen aceptable para la doctrina social cristiana consiste en una **armonía de los varios factores de la producción**, como repetidas veces lo han explicado los sumos pontífices. Pero los abusos efectivos o posibles del sindicalismo, si bien han de ser condenados, no nos obligan a rechazar en absoluto la idea de la sindicasión **en sí**.

B) En un régimen político, cualquiera sea él, hay pro-

Para terminar con lo relativo a lo económico-político subrayaré que el *hecho* señalado en el párrafo anterior *considerado en sí, y si se prescinde de formas exteriores no siempre aceptables, nada tiene que pueda condenarse en nombre de los principios cristianos.* Por lo contrario, una de las críticas más serias formuladas por la doctrina católica contra el individualismo novecentista es que, si bien tenía éste en cuenta la personalidad de los individuos aislados (como lo insinuaba su mismo nombre), destruía las instituciones intermedias entre éstos y el Estado. Ahora bien, el sindicato constituye de por sí una de las instituciones intermedias legítimamente basadas en la comunidad de intereses de los grupos productores; y ésto lo afirma el conjunto de los sociólogos católicos. El hecho de que asuma, hoy por hoy, aspectos defectuosos o excesivos no implica una *nocividad esencial,* ligada a la idea misma de sindicación: las instituciones, sobre todo cuando surgen o resucitan en virtud de una ruptura con el estado anterior de cosas, no poseen desde un comienzo la perfección. Por lo tanto hay que *mejorarlas,* pero no cabe *destruirlas.*

HE insistido sobre la ruptura que se viene efectuando en lo político y económico-social porque es lo que de inmediato se impone a los ojos. Trataré más brevemente otros aspectos del problema. No hay aquí dificultad alguna, fuera de la elección entre la multitud de síntomas.

Diré dos palabras acerca de la Universidad.

Puede afirmarse que ella ha sido una de las instituciones que más cabalmente conservaron sus características esenciales tanto que desde el siglo XIII en que se constituyó hasta comienzos del vigésimo, su objetivo fué siempre idéntico a sí mismo. Otorgaba una cultura superior, de índole sobre todo especulativa, en determinadas disciplinas intelectuales que ofrecían un aspecto generalmente desvinculado de la aplicación inmediata. Sus ramas o facultades principales fueron la teología, la filosofía, en algunos casos el derecho. Las ciencias naturales estuvieron durante siglos unidas a la filosofía, separándose de ella hasta adquirir personalidad propia, y desprendiéndose paulatinamente la medicina. Las letras eran una propedéutica a la filosofía, tanto que aún ahora existen institutos que se llaman de "filosofía y letras". La arquitectura y disciplinas afines no tuvieron en un comienzo carácter universitario, y todavía ayer eran consideradas como simple especificación de las ciencias exactas y naturales. Esa fisonomía de las universidades, con las variantes inevitablemente introducidas por exigencias locales, se mantuvo uniforme en el tiempo y el espacio durante siete centurias, y recién a comienzos del siglo XX surgieron primero en los Estados Unidos y luego en otros países, facultades exclusivamente tecnológicas en que las ciencias aplicadas y los métodos más convenientes para su empleo práctico alcanzaron una importancia primordial. Ese pragmatismo universitario ha llevado a una especialización verdaderamente excesiva, hasta el punto de que no sólo la cultura humanística, en el sentido estricto del término, ha sufrido menoscabo gravísimo, sino que, aun dentro de cada grupo de ciencias los principios más generales quedan postergados en aras de lo concreto e inmediato. Como muy bien lo dice el rector de la universidad romana *Pro Deo*, P. Morlion, "no sólo en ambas Américas sino también en Europa la tendencia irresistible de las generaciones nuevas es hacia el *hacer* mucho más que hacia el *saber*".

Quienquiera medite un poco sobre lo que esto significa comprenderá qué cambio de orientación mental supone en nuestros contemporáneos: el predominio de la experimentación sobre el raciocinio, de lo concreto y particular sobre lo ideológico y general, y más allá de todo eso una profunda incomprensión de la obra realizada por las generaciones pasadas, y el desdén de lo histórico a que se tiende por estos caminos.

Se considera hoy que el tipo de Universidad, por decirlo así clásica, correspondía perfectamente a la mentalidad social del Medio Evo, y que fué modificándose paulatinamente a medida que ésta se transformaba (siglos XIII a XV). Pero se afirma, no sin razón, que la Universidad ha ido anquilosándose durante la era renacentista, y que su estructura, en el sentido didáctico del vocablo, no se adapta ya a la manera de ser contemporánea. Nos hallamos aquí en presencia de una revolución propiamente dicha, ante todo por la brusquedad del movimiento, y luego por el carácter de ruptura y no de simple evolución que ofrece. Entre lo especulativo y lo práctico hubo durante mucho tiempo no una oposición sino una distinción, con predominio de lo primero ayer, de lo segundo hoy. Se están llevando a cabo ensayos de armonización entre ambos factores y a alguno de ellos

---

blemas que nada tienen que ver con lo económico social, y que por lo tanto ni son de incumbencia de la organización sindical, ni entran dentro de la competencia de los jefes de ésta: problema de legislación penal o civil, defensa armada de la nación, relaciones exteriores, etc. En un país bien organizado es indispensable que los sindicatos tengan su representación, pero que la posean igualmente otras fuerzas, por ejemplo organizaciones de padres de familia, intereses comunales o regionales, etc. Si la sindicación absorbe todo lo demás, existe un desequilibrio que puede ser de funestas consecuencias.

Mi esperanza finca en que, después de las inevitables oscilaciones pendulares que supone todo cambio fundamental, se llegue a ese equilibrio.

habrá de referirme más adelante; pero lo cierto que las cuestiones no digo que doctrinarias (éste es otro aspecto), pero sí puramente especulativas, teóricas en cuanto separadas de la realidad concreta, van siendo rápidamente desplazadas. Esto acontece también en ambientes estrictamente católicos, y nada más interesante que cotejar los cursos de teología dictados en ciertos centros universitarios de tipo clásico con los que se intitulan "teología para laicos", que duran cuatro años y que se dan en la Universidad *Pro Deo* en Roma, bajo la inspección inmediata de la Santa Sede. Se llega entonces a una conclusión general: la Universidad renacentista está siendo reemplazada por otra de nuevo tipo.

Otro tanto y más aún ocurre en el terreno artístico.

Si hace ochenta o cien años, en una exposición de pintura dirigida por cualquiera de los ases académicos de aquel entonces, Bouguereau, Ingres, etc., se hubiera presentado un cuadro de Picasso, habría sido rechazado, y a ser posible arrojado al fuego; si hoy, en una exposición dirigida por cualesquiera de los artistas no digo ya de extrema vanguardia sino de término medio, se presentara un cuadro de Ingres, probablemente correría la misma suerte. Tan honda es la transformación de los criterios.

La revolución artística es anterior a la universitaria pues allá por los años de 1880 ya se manifestaba con los entonces tan despreciados y ahora tan estimados *impresionistas* (calificativo puesto por una crítica adversa), que se llamaban Manet, Pissaro, Sisley, Renoir, Cesanne, hombres que amaban la luz y los temas reales, y no hacían buenas migas con el academismo ni las elegancias mundanas, ni los cuadros de historia antigua. Pero los revolucionarios de setenta años atrás hacen hoy figura de conservadores al lado de artistas como Rouault, Chagall, Modigliani, Matisse, sin contar los partidarios de la pintura no figurativa. Toda esa categoría de hombres, a quienes acompaña un público día a día creciente, no se resigna a una simple copia, apenas modificada, de las técnicas trilladas y que ya no dan más de sí; está persuadida de que la humanidad, en los siglos transcurridos desde el comienzo, no ha agotado su capacidad de sentir y expresar se rebela contra la tiranía impuesta en nombre del pasado, y prefiere tropezar de vez en cuando a permanecer inmobilizada. Y lo que afirmo de la pintura, la escultura, la arquitectura, el grabado, puede repetirse de la música y las formas literarias. Este fenómeno cabe señalarlo en el orden de lo religioso, y de lo específicamente católico. En esta materia he de ser muy breve, ya que a poco de examinarlo con alguna detención habría lugar para varios artículos.

En la entrega que CRITERIO publicó con motivo de Navidad han sido incluídos dos artículos de los PP. Regamey y Couturier que muestran hasta qué punto el arte religioso está vivificado por un ansia ya incontenible de renovación. Se está harto de no poder construir una iglesia si su arquitectura no está inspirada por el estilo románico, el gótico, o el barroco. A nadie en el siglo XIV se le habría ocurrido copiar un templo bizantino, no veo por qué hayamos de copiar en el siglo XX uno del XIII. Esto es sin embargo lo que se hace cotidianamente; peor aún: se reproduce en la llanura el Partenón, olvidando que éste fué hecho para coronar una colina, o se sitúa una iglesia gótica entre montañas donde queda necesariamente aplastada. Y si esto acontece en lo arquitectónico, consta a todos mis lectores hasta qué nivel se ha degenerado en materia de estatuaria y pintura religiosa con estos Cristos que parecen salir de un *Institut de beauté*, esas vírgenes que se asemejan a bailarinas disfrazadas, esos ángeles bisexuados: aquí hemos llegado a los límites de lo morboso.

Se me responderá que los ensayos de un nuevo arte religioso no han sido felices hasta ahora. Sin discutir acerca de este punto, que exigiría numerosas distinciones, contesto a mi vez que tampoco fueron coronados por el éxito los primeros ensayos del estilo gótico, ni tampoco del barroco. A pesar de lo cual se prosiguió por tales caminos, y se llegó hasta la elaboración de obras verdaderamente maestras. ¿Por qué no habría de suceder otro tanto ahora? De todos modos, quiérasele o no, y a pesar de cuantas resistencias puedan oponérsele, esta corriente triunfará porque es exigida por las tendencias generales del arte, y por el hartazgo que engendra la constante y cada vez más pobre transcripción del pasado.

Heme visto obligado a examinar aspectos poco numerosos, pero ampliamente significativos, de ese fenómeno que, —vuelvo a afirmarlo,— es universal en doble sentido: el de abarcar todas las zonas de la actividad humana, y el de extenderse, bajo diversas formas, a la humanidad entera. Cuanto nos es dado observar, desde la posición conquistada por el sindicalismo hasta el despertar del nacionalismo anticolonialista en Asia, Africa y Oceanía (con lo que se desplazan los ejes de la política internacional), desde los conceptos revolucionarios en arte hasta el lugar cada vez más preponderante ocupado por la técnica en detrimento de las disciplinas verdaderamente desinteresadas, desde la búsqueda desesperada de fórmulas filosóficas

más estrechamente adaptadas a la actualidad hasta el surgimiento de nuevos tipos de apostolado religioso, todo indica que nuestra época se halla por decirlo así en un período de gestación y de alumbramiento. Quienes imaginan que se puede regresar al estado en que se hallaba el mundo al terminar la primera guerra general, o que al menos cabe estabilizarlo en la situación en que se encontraba hacia 1950, piensan en los imposibles. No faltan sin embargo los que, ya de manera positiva, ya al menos negativa y a modo de peso muerto, están empeñados en frenar o detener en absoluto la *totalidad* de la marcha. Veamos algunas de las causas a que puede atribuirse tal posición, y cuales serían sus consecuencias si se generalizaran.

Dejo de lado los intereses económicos, mundanos, y a veces también políticos. Un movimiento tan profundo y extenso como el que se produce universalmente en esta hora molesta de seguro a muchas personas, a quienes obliga a abandonar comodidades, influencias, facilidades de vida a que estaban habituadas. Es lógico que reaccionen adversamente. Pero esas conveniencias, individuales o de pequeños grupos, carecen de significación, y también de eficacia. Vayamos a otra cosa. Creo que las oposiciones principales nacen de tres fuentes; ante todo la falta de atención a los fenómenos contemporáneos, luego la incomprensión de su significado, y por fin un prejuicio de rutinarismo en virtud del cual *todo lo nuevo es malo*, o al menos peor que lo existente ayer.

La falta de atención a los fenómenos contemporáneos. No me refiero a los especialistas que, empeñados en investigaciones prolongadas y dificultosas, viven en cierto modo apartados del mundo con el que se comunican sólo por la cátedra, el libro o las relaciones familiares; su actitud es disculpable. Me refiero a los que todo lo ven por encima, hablo de esos hombres a quienes la noticia sensacional, el crimen espeluznante, la carrera de automóviles, los líos domésticos de la persona conocida, mil acontecimientos pequeños, intrascendentes, a b s o r b e n hasta el punto de que les faltan tiempo o ganas para meditar sobre hechos de la categoría a que he venido refiriéndome en el decurso del presente editorial. Han perdido, —si alguna vez la tuvieron,— la costumbre saludable de la reflexión: no viven de ésta sino de las impresiones que cual sombras fugitivas pasan sobre su ánimo sin dejar huellas. Póngaseles por ejemplo ante un cuadro de Utrillo o de Gauguin: después de mirarlo un instante dirán que les agrada o no, mas sin analizar el por qué de su simpatía o antipatía, ni vincular esas obras con el movimiento artístico general. Paulatinamente su actitud, engendrada desde una mocedad vanamente agitada, ha ido convirtiéndose en hábito, y para cambiarlo haría falta una catástrofe que los tocara en lo más sensible de su ser. Están estabilizados en la inatención, y es evidente que a los hombres de tal categoría les resultarían molestos los cambios que concentraran sus mentes sobre temas diversos de los acostumbrados: prefieren apartar sistemáticamente de ellos la vista, y regañar culta o incultamente contra los perturbadores de la tranquilidad pública, y sobre todo de la suya.

No digo que más *conscientemente* perjudiciales, pero sí más peligrosos en determinadas circunstancias son los que no dejan de observar los fenómenos a que he aludido hasta ahora, pero son incapaces de comprender su sentido. Ello ocurre a veces por cortedad congénita e irremediable de la inteligencia, a veces por deformaciones en el modo de raciocinar adquiridas desde la juventud, o por pereza mental. Los títulos académicos no significan siempre cultura ni penetración, se puede carecer de ellos y poseer sin embargo una riqueza intelectual sobresaliente, como ocurrió en nuestro país con Estrada. Nada más lamentable, en cambio, que oír disertar a personas que, por cualesquiera de las causas que acabo de indicar, golpean obstinadamente contra la superficie de los hechos como mosca contra un cristal, sin conseguir penetrar en lo íntimo de los mismos. Por lo demás, bien pronto suelen hacerse a esa incapacidad que llega a parecerles un estado saludable. Si los tales ocupan un cargo directivo, o ejercen una influencia de orden intelectual o moral sobre un grupo de semejantes, se comprende que puedan extraviar el criterio público, constituyendo una verdadera calamidad. Refiérese que ante Santo Tomás de Aquino discutíanse los méritos de cierto religioso de quien se hablaba para un cargo eminente; consultado el teólogo respondió: si es sabio, enséñenos; si es prudente, gobiérnenos; si es santo, ore por nosotros. Examinado con imparcialidad el estado del mundo actual, habremos de proclamar que una de sus mayores calamidades consiste en que abundan los ignorantes convertidos en maestros, y los imprudentes admitidos como dirigentes.

Queda por fin la tercera causa: el prejuicio en virtud del cual *todo lo nuevo es malo*. Desde los tiempos en que el poeta Horacio hablaba de los hombres dados a alabar lo antiguo, y críticos perennes de lo reciente (laudator temporis acti se puero, censor castigatorque minorum), las cosas no han cambiado: siempre habrá aquellos para quienes "cualquiera tiempo pasado fué

mejor". Se han instalado en el ambiente de su juventud, se rehusan a salir de él, se han habituado a determinadas categorías mentales, y todo lo juzgan desde este punto de vista. Confunden la tradición con la rutina, y están persuadidos de que la inmobilidad es un mérito. Se niegan lógicamente a examinar los problemas nuevos que plantea la marcha de la humanidad, y en tono ya sarcástico ya lamentoso lanzan veredictos contra los *innovadores*. Son la contraparte del *snob*, para quien nada vale si no es nuevo. Creen que *los antiguos sabían lo que hacían*, lo cual es cierto quizás para los tiempos en que éstos vivían, pero no para los nuestros. Si los que así piensan y hablan llevan una existencia moralmente intachable, y alcanzan a cierta edad, las generaciones más recientes, —en quienes no ha muerto totalmente el sentido del respeto,— los escuchan con deferencia pero tácitamente piensan que ya no pueden ser guías espirituales. Encerrados en un círculo cada día más estrecho de gentes que piensan como ellos, ahondan en su actitud, y los hechos más impresionantes no logran arrancarlos de ella. Pueden ser virtuosísimos, pero su influencia es nefasta. En realidad son contados los hombres que llegados a cierta altura de la vida muestran todavía capacidad para encarar los problemas nuevos. Por lo cual, mirando hacia lo religioso, es admirable un pontífice como León XIII que cumplidos los ochenta años muestra una lozanía intelectual que le permite abordar cuestiones recientes, o como Pío XII que próximo a esta edad revela en sus discursos una perfecta comprensión de los intrincados asuntos que surgen en la hora actual.

Si las personas pertenecientes a cualesquiera de los tres grupos que he descrito llegan a dominar temporalmente, engendran una ruptura entre el sector que encabezan y la sociedad en general: tal es el peligro que amenaza a ciertas academias, por otra parte meritísimas, y también —¿por qué negarlo?— a ciertos hombres de iglesia (2) o a determinados núcleos políticos. Se dice de ellos que *no viven con su tiempo*. Nadie que posea sensatez les exigirá que piensen como *todo el mundo*, lo cual por otra parte es imposible, pero sí que colaboren positivamente en la solución de los problemas que se vienen planteando, y no se encierren en una actitud de total y sistemática reprobación: de lo contrario se aislarán día a día más, y perderán una influencia que podría ser benéfica. Es un hecho que los hombres se dividen hoy, más que por el lugar de su nacimiento, por la posición que adoptan frente a los problemas que convulsionan al mundo, se distribuyen entre los que miran hacia el pasado y los que fijan los ojos hacia el porvenir, entre los que se lamentan y los que cantan. Entiéndaseme bien: en modo alguno pretendo que todo lo de ayer era malo, y cuanto se nos propone para que el mañana sea digno de alabanza. Pero es necesario ante todo examinar la orientación de los hechos, no atenerse a una actitud puramente negativa, y sobre todo no imaginar que con ésta se podrá conservar lo que está irremisiblemente condenado a muerte. Desde este punto de vista nos hallamos en una situación parecida a la de los hombres del siglo VI. Los hubo incapaces de concebir una civilización que no fuera la del imperio romano: éstos se encerraron en un pesimismo irremisible o en esperanzas irrealizables, y de este modo sucumbieron ante los hechos. Los hubo en cambio que se volvieron sin antipatía hacia los bárbaros, y comprendieron que con ellos era posible construir nuevos tipos de sociedad; su optimismo razonado, y sostenido por una firmísima voluntad, acabó por darles el triunfo. Imitémoslos: no pertenezcamos al grupo de los que lloran sobre el pasado, sino al de los que construyen para el futuro.

---

(2) Ejemplo típico en el orden eclesiástico es el del sin embargo ilustre teólogo Melchor Cano, para quien el crecer el número de las comuniones frecuentes, desconocidas en su juventud, constituía prueba clara de la venida del Anticristo.

EL PROBLEMA DE LA FE EN LOS MEDIOS INTELECTUALES DEL SIGLO XX

(Continuación del número anterior)

JACQUES LECLERCQ

II. LA PSICOLOGIA DE LA FE

EL núcleo de la Fe se halla en la adhesión a Cristo. Se cree porque, de una manera o de otra, se llega a la convicción de que Cristo es el Salvador.

Se escribe aquí la palabra Salvador con "S" mayúscula para indicar que Cristo se presenta como el salvador por excelencia, un salvador que nada tiene de común con los demás, que trasciende el sentido etimológico de la palabra, superior a todo otro.

La fe cristiana es, pues, un contacto de hombre a hombre, del creyente con el Salvador. Se presenta como un estado de confianza en una persona.

Añadamos: confianza en una persona viviente, pues no hay fe cristiana si no se cree en Cristo vivo. El creyente de hoy presta adhesión a un maetro tan viviente como el del Evangelio.

Esto comunica a la fe cristiana un carácter tan especial que es, lo creo, único. El discípulo de Mahoma adhiere a su enseñanza, no a su persona; Mahoma murió y no resucita; otro tanto ocurre con el discípulo de Confucio; y en una religión como el hinduísmo, nada recuerda esta unión viva con Cristo viviente. La cuestión primera y fundamental del cristianismo es: ¿quién es Jesús? Jesús es un hombre, a primera vista, como los otros; luego se notan en El ciertos razgos particulares que sugieren un misterio.

Exteriormente entonces, la fe presenta el mismo aspecto que todo fenómeno de confianza en un hombre o en una causa. El nazi que tiene una confianza ciega en el Führer, el comunista que tiene una confianza ciega en la causa comunista y sus dirigentes, presentan síntomas muy semejantes, a aquellos que ven en el cristianismo un movimiento humano entre tantos otros no dejan de señalar estas semejanzas; pero los cristianos se ofenden. ¿Qué diferencia establecer?

No se trata aquí de explicación teológica. La doctrina católica enseña que la fe es una virtud teologal, es decir, que corresponde a una acción de Dios en nosotros, que nos hallamos por ella en contacto con Dios de una manera que sobrepasa las capacidades del hombre librado a sí mismo. Pero esta explicación teológica no se impone sino a aquel que ya cree, y no la sugieren manifestaciones exteriores.

Ateniéndose a lo que se observa todo fenómeno de confianza posee caracteres particulares, que provienen epecialmente del objeto. La confianza del nazi en el Führer está más ligada al valor de un hombre que la del comunista en la causa marxista. La persona de los jefes tiene menos preponderancia en el comunismo que en el nazismo, aún cuando los comunistas se hayan visto obligados a desarrollar una cierta mística del jefe para dar un alimento concreto al fervor de las masas.

Segundo Capítulo de la obra cuya publicación iniciáramos en el número de Navidad. (Traducción autorizada. Derechos reservados por Casterman, Tournai, Bélgica).

Igualmente, la fe cristiana toma un carácter particular de la personalidad de Cristo y de la función de Cristo en el cristianismo. Cristo es el maestro en dos sentidos, en cuanto enseña la doctrina y sirve de modelo; y el Salvador, no simplemente en cuanto pone a nuestra disposición medios de salud, sino en cuanto esta salud se realiza por una empresa totalmente especial, íntima y personal, de su persona sobre nosotros, una acción sobre nosotros, una unión con nosotros. El discípulo no se limita a seguir la enseñanza y el ejemplo de Cristo; se libra a la acción de Cristo.

La fe cristiana se distingue luego de todo fenómeno de confianza, de abandono, o de don, porque el discípulo ve en el maestro. Su adhesión toma su carácter propio de la manera en que Cristo se le manifiesta. Y, en particular, colocándose nuevamente desde el punto de vista de la experiencia humana, el cristiano percibe en la adhesión de fe una certeza de un carácter enteramente especial, en unión con lo que ve en Cristo.

Pero ¿cómo llega allí? Aquí, la psicología de la fe vuelve a ir a la par de toda la psicología de la confianza. ¿Por qué un hombre tiene confianza en otro? El mecanismo de la confianza tiene un carácter muy diferente de la verificación científica o trabajo de laboratorio y de la demostración silogística.

Esta es la razón por la cual, para estudiar la fe, es necesario darse cuenta que constituye ante todo un fenómeno de confianza humana. Si la teología enseña que esta confianza humana se explica por una acción divina y que los caracteres particulares que la experiencia del creyente discierne en ella están ligados a esta acción divina, no es menos verdadero que se presenta primeramente como fenómeno de confianza de un hombre en un hombre.

¿De dónde proviene la confianza en un hombre? De un conjunto de signos convergentes de caracteres muy diversos, que tienen lugar en lo que podemos llamar la *experiencia vital*.

¿Qué entender por este término? Una certeza, producto no de un razonamiento, sino de un conjunto de elementos en unión con la vida y que imponen una convicción.

¿Por qué un enfermo tiene confianza en un médico? Porque este médico ve claro en su caso, se da cuenta de todos los aspectos de su mal, le otorga sus cuidados o le prescribe medicinas que tienen el efecto que espera. Si el enfermo ha sido atendido antes por otros médicos que no comprendieron su caso, su confianza será tanto más fuerte, y si el médico, en oportunidades sucesivas, muestra cada vez la misma clarividencia, si se muestra comprensivo de todas las reacciones de la enfermedad, la confianza de aquél no cesará de aumentar. Y si, un día, otros, inquietos por esclarecer el caso, le explican, aún por razonamientos que es incapaz de refutar, que este médico es incompetente, su respuesta será la del ciego de nacimiento del Evangelio: "De todos modos, me ha curado".

¿Por qué los alumnos tienen confianza en un maestro? Porque éste manifiesta un profundo conocimiento de lo que presume conocer, porque manifiesta una perfecta integridad en el trabajo científico. La confianza aumentará al seguírsele de cerca y no encontrársele jamás en falta. Si se le sorprende falseando una experiencia u obstinándose por amor propio en un error debidamente constatado, la confianza decaerá.

El mismo mecanismo se vuelve a encontrar en todo fenómeno de confianza. ¿Por qué un joven confía en una joven y la quiere hacer su esposa?

Porque la ama. Mas, ¿por qué la ama, sino porque sabe que será feliz con ella?

Y cuando, una vez casados, la vida común les manifiesta que esta confianza era merecida, cuando, en las mil circunstancias de la vida, la esposa constituye la felicidad de su marido, la confianza se acrecienta con la renovación misma de la experiencia.

Es verdad también que hay confianzas mal puestas. El cristiano estima las confianzas del comunista y del nazi como mal depositadas. Pero hay confianzas bien colocadas. En el matrimonio sucede que jóvenes encuentran la felicidad que soñaban con aquella por la que creían encontrarla efectivamente.

No es, pues, razonable dudar de todo. Los sabios de laboratorios que critican la fe de los cristianos son los primeros en reconocer el valor de ciertos sabios y de ciertas experiencias. La cuestión está, pues, en determinar las condiciones de la confianza. Hablaremos de ello ulteriormente. Por el momento, es necesario precisar las condiciones del acto de confianza que engendra la fe y determinar sus consecuencias.

Para hallar el acto de fe cristiana en estado puro, no hay que recurrir a los Evangelios. Los discípulos al entrar en contacto con Jesús son atraídos por el resplandor de su personalidad. Lo abordan, lo escuchan, vuelven una y otra vez y acaban por experimentar la impresión de una personalidad sin igual. Esta impresión se transforma progresivamente en convicción. Jesús es un ser superior a todo otro; hay en El un misterio, puesto que jamás se ha hallado semejante sabiduría y semejante ascendiente. Qué es en realidad, uno no lo podría decir por sí mismo; se puede constatar que es diferente a todo otro y que merece la más entera confianza, que al seguirle, se encuentra una plenitud de vida sin igual. Se la pregunta entonces a El mismo quién es y se cree en El a causa de los signos indiscutibles que imponen la confianza.

Este mecanismo de la conversión marcha con mayor o menor rapidez. Andrés oye hablar a Juan Bautista. Este viendo a Jesús aún desconocido, lo designa diciendo: "He aquí el cordero de Dios". Andrés sigue a Jesús con otro discípulo y Jesús volviéndose, les dice: "¿Qué buscáis?". "Maestro", responde, "¿dónde moras?" "Venid y ved", dice Jesús. Le siguen entonces, pasan el día con El, y Andrés, hallando a su hermano, Simón, le dice: "Hemos encontrado al Mesías".

¿Qué ha pasado y qué les ha dicho Jesús? El Evangelio no lo narra; pero estamos seguros que Jesús no les hizo demostración alguna. Por otra parte, ¿qué demostrar? Era desconocido aún y no había dado ninguna señal de su misión. Pero a su contacto, Andrés había percibido que era el Salvador.

Más tarde, rodeado ya Jesús del grupo de Apóstoles, hecha un día un discurso que indispone a la multitud. Es el discurso narrado por San Juan (VI, 22-65) donde anuncia la Eucaristía: "Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida". Estas proposiciones escandalizan; todos se retiran murmurando. El Maestro no tiene a su alrededor más que a los Apóstoles. "¿Me dejaréis también vosotros", les dice. Y Pedro exclama: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creímos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios". He aquí el fenómeno de la fe y éste es el que se reproduce en nuestros días cuando un hombre se convierte. La fe supone, de una manera o de otra, que se ve que Cristo es el Santo de Dios.

Mas esto se presenta en un plano enteramente diferente al de la demostración racional.

Se puede entender ahora el equívoco de la expresión: "demostrar que la religión es verdadera". La fe reposa sobre un contacto personal. Hoy como en los tiempos del Evangelio, el cristiano es aquel que ha descubierto a Cristo. En el episodio de la tempestad calmada, vemos la fe en formación. Los discípulos se han unido a Jesús, dicen entre sí: "¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen" (Mateo, VIII, 27).

Esta concepción de la fe desconcierta a una parte de nuestros contemporáneos. En primer lugar no entienden que la fe es esencialmente adhesión a Cristo. Se les manifiesta más bien como adhesión a la "religión", siendo ésta una doctrina abstracta que debe demostrarse como un sistema filosófico. Se nos dice a veces: "Dadme una buena prueba de la divinidad de Cristo y yo creeré". Esta concepción de prueba corresponde a un estado espiritual que se relaciona con el racionalismo tal cual reinó del siglo XVII al XIX y ha permanecido en los ambientes conservadores —se sabe que el conservatismo de la inteligencia es aún peor que el de las costumbres—. Descartes y, a su saga, la escuela filosófica que hoy se llama clásica, se imaginaba que para establecer la verdad, era necesario y bastaba hallar una verdad irrefutable y de ella deducir todas las demás. Para llegar a toda verdad, bastaba que el punto de partida fuese cierto y los razonamientos subsiguientes sin tacha.

La apologética moderna está, en gran parte, construída sobre este modelo: se busca una prueba perentoria. Conocí tratados de apologética donse se basaba la demostración sobre un milagro auténtico. Tal proceder partía de la idea de que, si se demuestra la autentitcidad de un milagro cualquiera que sea, un milagro de Lourdes, por ejemplo, se tiene la prueba de la intervención divina y que produciéndose este milagro, como en Lourdes, en unión con el cristianismo, lleva en sí la prueba de la verdad del cristianismo.

Pero Jesús mismo parece bastante escéptico, no quizás respecto a la fuerza probante de los milagros en sí mismos, sino sobre su eficacidad deter-

minante para realizar las conversiones, y reusa hacer milagros, cuando se le pide una prueba de su misión. Los milagros representan en su carrera, un elemento entre otros, que uno no debe aislar. Constituyen una de las manifestaciones de su personalidad, un signo que se debe unir a otros.

No se adhiere a Cristo por una serie de razonamientos yuxtapuestos en orden lineal, sino por un movimiento de todo el ser procediendo por aproximaciones sucesivas. Y esto está muy de acuerdo con el modo de proceder de la filosofía del siglo XX.

Los filósofos de nuestro tiempo han abandonado los métodos racionales a base de razonamientos para substituirlos por una dialéctica que parte de un encuentro del espíritu y del mundo. Lo real aparece como un conjunto en extremo rico del que se trata de tener una visión de conjunto captando en lo posible todos los aspectos. El filósofo procede entonces por sucesivas visiones de conjunto, en las que busca una mayor precisión, captando cada vez mejor la complejidad de lo real. El filósofo contemporáneo más que formular un razonamiento aporta un testimonio; dice: "He ahí como yo veo el mundo", procura integrar en su visión todo lo que la reflexión y la experiencia, la reflexión sobre la experiencia, le dan a conocer. Este proceder intelectual está mucho más cerca del Evangelio que el proceder de razón discursiva caro a los pensadores del siglo XVI al XIX. La experiencia vital en la base del acto de fe desconcierta al espíritu formado en racionalismo cartesiano, no al allegado a los existencialistas.

Esto explica ya el desorden de ciertos espíritus en los ambientes cristianos tradicionales, mientras hay incrédulos que llegan a Cristo por un movimiento progresivo, tomando exactamente el mismo camino que el de los discípulos del Evangelio.

Acontece que un católico tambaleante en su fe pide un argumento perentorio de la verdad de la religión y nos sale al encuentro con la esperanza de que en contados minutos, se le haga una demostración que se imponga al espíritu. Se imagina que la fe se presenta así: se entra sin creer en el despacho de un hombre competente, y media hora después, se sale con una sólida convicción basada en una demostración irrefutable. Esta actitud proviene de la educación, de la manera que se ha enseñado la religión. Es una cuestión de método de enseñanza, y cuando se les dice que la cuestión es totalmente otra, se desconciertan y no comprenden más. También uno de los motivos por los cuales la fe de muchos flaquea al salir de la infancia, es que el cristianismo, tal cual se lo presenta frecuentemente, parece una masa bastante confusa en la cual uno no distingue líneas generales (principales) simples.

La enseñanza de la religión, por otra parte, no es una cuestión simple, porque esta enseñanza persigue a la vez muchos fines. No se trata solamente de comunicar una visión exacta y global del cristianismo, sino al mismo tiempo, formar en la práctica de la vida cristiana como está organizada en nuestros días; y esto implica desequilibrios que falsean las perspectivas. Teniendo que enseñar religión en una clase de humanidades, yo recuerdo haberme chocado con este desequilibrio sin llegar a superarlo. Al hablar a los niños y explicarles las reglas prácticas a observar en la vida religiosa, uno se veía necesitado a extenderse largamente sobre los detalles rituales, por ejemplo la manera de confesarse, e inevitablemente, para los oyentes, especialmente si son jóvenes, el tiempo consagrado a una cuestión mide su importancia. Sucede que jóvenes, saliendo de estudios donde, durante diez años, han tenido cursos de religión, conocen los gestos y las fórmulas de la confesión y de la comunión, la lista de todas las categorías de pecados, pero son incapaces de decir en qué consiste exactamente el cristianismo.

Esta es la razón por qué se puede repetir bastante que la fe cristiana versa en primer lugar sobre la persona de Cristo. Consiste en la adhesión a Cristo como el Maestro, el "Santo de Dios". En segundo lugar la fe católica se distingue por la adhesión a la Iglesia.

Uno es católico pues ve que en la Iglesia es donde se encuentra a Cristo. Bajo este título es que se nos presenta de modo único la Iglesia. Yo soy católico para ser plenamente cristiano.

La fe en la Iglesia procede, como la fe en Cristo, por experiencia vital. Un cristiano no católico llega a ser católico si llega a la convicción de que la Iglesia es verdadera y exclusivamente la Iglesia de Cristo; un espíritu extraño al cristianismo será cristiano llegando a ser católico, porque encontrará a Cristo en la Iglesia.

Se conoce la historia de la conversión de Newman. Teólogo anglicano, urgido por la cuestión de la Iglesia de Cristo, acaba por emprender un estudio sobre la evolución del Dogma en la Iglesia antigua a fin de verificar las condiciones de la verdadera Iglesia de Cristo. Su trabajo lo lleva a la conclusión de que la Iglesia de los primeros siglos es la Iglesia católica.

Un ejemplo que pone bien de relieve el segundo caso es el de Dom Verkade que ha narrado su conversión en un libro traducido al castellano bajo el título "Por la inquietud a Dios". Era un joven pintor holandés educado en una familia protestante, que más o menos practicaba. Habiendo vivido en París en un ambiente de artistas, se vuelve a Bretania para pintar y descansar en una villa donde se encuentra sumergido en un ambiente muy católico. Allí encuentra la revelación de la vida cristiana y se hace católico. Es un espíritu poco razonador, extraño a los métodos de la abstracción y de la dialéctica; pero a través de esta simple vida cristiana vivida por una modesta población, percibe la grandeza, la belleza, la trascendencia de la fe.

Para desentrañar el problema de la fe, es necesario, pues, absolutamente, y no se podría exagerar su importancia, el punto preciso que entraña la fe, o el motivo que determina la fe. Este motivo es el ascendiente de la persona de Cristo, y luego, la unión de la Iglesia con Cristo. Se cree en todo lo demás porque se cree en Cristo y en la Iglesia.

En las objeciones contra la fe, se abordan muy frecuentemente puntos que no son aquellos por los cuales se cree. Se objeta por ejemplo, sobre la resurrección de los muertos o sobre el infierno. Pero yo no creo *a causa* de la resurrección de los muertos o del infierno; no es *porque* hallo esta doctrina en el cristianismo que soy cristiano. No es tampoco en razón del nacimiento virginal de Jesús o de la Inmaculada Concepción; ni a causa del dogma de la Trinidad o de la existencia de los ángeles. Todo esto viene después. Cuando soy cristiano yo adhiero a todo esto, porque estas doctrinas se relacionan con la enseñanza de Jesús; pero yo no soy cristiano a causa de estas doctrinas.

Al respecto, los católicos de educación, a veces se encuentran espiritualmente más bien confundidos que esclarecidos por la enseñanza del catecismo. Pero se deben comprender las preocupaciones que motivaron la redacción.

El catecismo está destinado a dar enseñanza religiosa a los espíritus que poseen ya la fe. Luego no está destinado a dar la fe, sino a instruir sistemáticamente en el contenido de la doctrina que supone admitida. Comienza por Dios y la Santa Trinidad y continúa con la creación, a propósito de la cual trata de los ángeles, de los hombres y del pecado original. Es un orden lógico y didáctico que desarrolla la imagen cristiana del universo, mas no colocándose sobre el plano psicológico de la fe, respondiendo a la cuestión: "¿Por qué no creo?"

Cuando el cristiano educado en la religión católica llega a la edad adulta la fe viva exige que nuevamente se plantee el problema cristiano y adhiera a Cristo por motivos personales. En el ambiente intelectual, nace una cierta confusión muy frecuentemente al notar, al lado del cristianismo, otras religiones que presentan soluciones con frecuencia muy semejante, pero divergentes sobre otros puntos. Se tiene la impresión de que, para estar seguro de la verdad del cristianismo y, especialmente, del catolicismo, se debería comenzar por estudiar todas las religiones y compararlas; y como este trabajo es prácticamente irrealizable, se pregunta si se puede prestar adhesión a una doctrina que no se ha verificado. Una vez más, esta manera de situar el problema toma al cristianismo, ante todo, como un sistema o una doctrina y no como una adhesión al hombre-Jesús.

Se llega así a una actitud que ve en todas las religiones expresiones diversas de una misma verdad —adoran todas al mismo Dios; enseñan todas la misma regla moral—; pero que difieren según la tradición de las diferentes naciones; y cada una debe adherir a la forma religiosa tradicional en su medio. Cuando se vive en Europa y en país católico, se adhiere luego al catolicismo, no porque es la verdad, sino porque corresponde a la tradición del medio. Ya se ha hecho alusión a esta actitud.

Yo conocí en otra ocasión a un estudiante chino que, residiendo en Bélgica, estaba fuertemente atraído hacia la religión católica. Se creía que se convertiría, pero acabó por decir: "Yo estimo la religión católica como la más perfecta, y la encuentro superior a la de mi país; pero, en suma, todas las religiones enseñan fundamentalmente la misma doctrina, y como debo volver a la China, vale más que permanezca fiel a la tradición religiosa de mi país. Si yo debiera vivir en Europa, yo me haría católico, pero siendo chino, vale más ser chino del todo, y la religión china es la que corresponde al espíritu chino".

Esto exige también darse cuenta de la manera exacta en que se plantea el problema cristiano.

Fuera del cristianismo, es defendible la manera de plantear el problema del estudiante chino: todas las religiones son ensayos de solución al problema de las relaciones del hombre con Dios. Se las puede juzgar equivalentes; se puede tratar de purificar a cada una con los elementos tomados a las demás y orientarse hacia una concepción de religión universal que corresponderá a lo que llamamos la religión natural.

Pero el problema cristiano es diferente. Consiste en saber quién es Cristo. Si plugo a Dios enviarnos un Salvador que es su Hijo, e instaurar por Cristo un orden nuevo en el cual encontraríamos la salud, no se trata ya de una religión natural, sino de una voluntad positiva de Dios, que procede de una libre elección suya y se impone a nuestra adhesión con exclusión de toda otra.

Mas, el cristianismo no excluye el que se encuentren en las demás religiones ciertos valores altísimos, ni que los cristianos no puedan aprovechar nociones y aspiraciones puestas en relieve por los sabios de todas las religiones. Los antiguos cristianos se han inspirado mucho en la sabiduría griega, y, en nuestros días, los chinos y los hindúes que se convierten al cristianismo pueden enriquecer el patrimonio humano de la Iglesia por el aporte de los altos valores que encierran sus tradiciones. Pero no está aquí el problema cristiano.

Como ya se ha dicho, el cristianismo es la sola religión que se relaciona con un hombre y una voluntad positivamente expresada por Dios, según nos lo revela el Evangelio. Si se percibe, al contacto de Cristo, el valor trascendente, es decir, divino, de la persona del Salvador y, por ende, de su enseñanza, siendo lo uno y lo otro una misma cosa, se encuentra allí lo absoluto y, en presencia de lo absoluto, no hay más necesidad de comparar.

En el plano natural la religión china o hindú puede ser verdadera en su fondo sin excluir la verdad de las otras religiones, porque sus caracteres propios corresponden en efecto más bien a una tradición nacional que a una afirmación de verdad exclusiva; pero si Dios ha manifestado su voluntad de salvar el mundo por Cristo, se debe aceptar esta Voluntad y ella es de un carácter enteramente diferente de un sistema humano o de una tradición de sabios o de naciones.

Permanece la cuestión aquella: ¿Cristo es el Salvador, el "Santo de Dios", como dice Pedro?

Allí se llega por todos los caminos. Hemos dicho que ciertos católicos formados en la enseñanza del catecismo, se desorientan, en consecuencia, al no distinguir en sus recuerdos el camino por el cual uno entra en la fe. Pero, en el libro anteriormente citado, Dom Verkade narra que una de las etapas de su conversión fué la lectura del catecismo. "Todo el edificio doctrinal de la Iglesia católica se dirigió hacia mí en su forma más simple y en su maravillosa lógica". Así, algunos cristianos pueden ser turbados en su fe, mientras otros son atraídos precisamente por aquello mismo que perturba a los primeros.

PARA UNA BIBLIOGRAFIA DE GRAHAM GREENE

ADOLFO SILVA DELGADO

La carrera literaria de Graham Greene comienza, oficialmente, en 1929, con la publicación de su primera novela, *The Man Within*. Y decimos "oficialmente", porque la época anterior a 1929 no puede considerarse, ni mucho menos, ajena a la literatura y al oficio esencial de escribir. Pero es en esa fecha que Greene inicia la publicación regular de novelas, cuentos, narraciones de viaje y ensayos, en forma de libros, que es a lo que debe atender, preferentemente, la bibliografía de su obra.

Si estudiamos el período 1929-1951, es fácil advertir que, salvo el lapso de la guerra, casi no ha pasado un año que no esté representado por un nuevo libro de Greene, y como ocurre cuando se examina la obra de un escritor que ha adquirido más o menos repentinamente una envidiable notoriedad, las primeras novelas no ceden en calidad a las últimas, y aún en ciertos casos, las superan. Naturalmente, semejante esfuerzo sólo puede ser cumplido por un escritor auténtico, para quien escribir es, realmente, la tarea más importante de cada día. Pocos, muy pocos han podido, como Greene, publicar tantos libros en tan pocos años y, al mismo tiempo, provocar un doble movimiento de interés: en los círculos literarios exclusivos, en el campo de los colegas, los críticos, y demás especialistas, y simultáneamente, en la gran masa de lectores, aumentada, también hay que consignarlo, por los espectadores de cine, ese tipo de lector, tan conocido por las editoriales y las librerías, que adquiere sistemáticamente la novela que ha visto o que está por ver en la pantalla.

El caso de Greene es, en este entido, singular. No es el caso de Huxley, por ejemplo, que tuvo su hora de preeminencia entre los intelectuales (los que son, los que tratan de serlo, y los que creen merecer ese título gratuitamente). No es el caso, tampoco, de Cronin, cuya inmensa popularidad es de buen tono denostar con superior prescindencia. Tal vez, de los novelistas actuales, Greene es el que importa a un mayor número de lectores de la más desigual y variada procedencia, y posiblemente el único que, a los cuarenta y siete años de edad haya podido, en 1951, darse el placer de leer tres frondosos libros dedicados a su obra, sin esperar, en el más allá, la nota necrológica de circunstancias o, dentro de muchos años, la condena 'post mortem" de un historiador de la literatura, o la exhumación victoriosa a cargo de algún imprevisible erudito, coleccionador de glorias desconocidas.

La semejanza con Trollope es algo más que una simple coincidencia. Durante la guerra, según declaró Greene en la encuesta realizada por Cyril Connolly en *Horizon*, su lectura predilecta estuvo constituída por las obras de Trollope, un autor de folletines por entregas, que escribía, cronológicamente, determinado número de palabra por horas y entregaba sus novelas a plazo fijo, según se afirmaba hasta hace pocos años; un excelente escritor costumbrista, ameno y vital, casi "un fénix de los ingenios", según se afirma ahora. Algo de la fácil fecundidad de Trollope posee Greene; pero sobre todo, posee ese vigor, esa sencillez, esa profundidad que provienen del contacto directo y descarnado con la vida, sin interposiciones de sutilezas formales, de alambicamientos retóricos, que se levantan como un muro entre la obra y el lector.

El período anterior a 1929

No debe deshecharse, indudablemente, la actividad de Greene anterior a 1929. Sabemos, por ejemplo, que en 1925 publicó un libro de versos, nada memorable, según parece. Desde 1926 a 1930, trabajó en la redacción de *The Times*, llegando a ocupar el cargo de sub-director. Este solo hecho basta para probar que sus condiciones de periodista, de acuerdo al depurado y exigente estilo inglés, estaban algo por encima de lo común. En una institución organizada de un extenso sector de la opinión pública británica, como lo es *The Times*, el ascenso a semejantes alturas de un joven de veintiséis años no se realiza por arte de magia, sino sobre la base de aptitudes muy sólidas y notorias.

Esta formación periodística no ha dejado de tener su influencia en Greene. Más tarde se señalará, acertadamente, su estilo nervioso y conciso, sus descripciones tan breves como completas, y la permanente virtud de hacerse entender sin claves ni interpretaciones herméticas que son, hasta hoy, algunas de las felices características del escritor.

Otras actividades

Desde 1935 a 1939, fué crítico cinematográfico del *Spectator*, importante periódico independiente. En este período habría que buscar el secreto de la nada común adecuación de Greene al lenguaje del cine, que le ha deparado tantos (y algunos tan fáciles) éxitos como argumentista, posiblemente porque las novelas y cuentos denoten, en una proporción apreciable, el influjo de una técnica eminentemente cinematográfica. "*The Man Within*", "*Stamboul Train*", "*Brighton Rock*", "*The Confidential Agent*", "*The Power and the Glory*", "*The Ministry of Fear*" y "*The Basement Room*", según mis datos, han sido trasladadas al cine por hombres como Alfred Hitchcock, John Ford y Carol Reed. En *The Third Man* la intervención de Greene tuvo alguna variante: no se limitó a ofrecer una obra ya escrita, sino que colaboró personalmente con Carol Reed en la preparación del argumento y en su adaptación al cine.

Estos cuatro años de crítica cinematográfica, aparte de haber contribuído a ilustrarlo sobre el mundo complejo que representa cada "film", con la adquisición de conocimientos fundamentales sobre el séptimo arte, significan, en la vida de Greene, cuatro años de disciplina mental, de perfeccionamiento de sus facultades críticas y perceptivas, de contacto con un aspecto de la belleza que a veces queda fuera del radio de apreciación de un literato puro, demasiado preocupado por el valor de la palabra escrita, pendiente con exceso de su propósito de escribir "literariamente", de hacer literatura. Por eso las novelas de Greene tienen algo de *visual*, un *ritmo* y una *acción* que atraen, inmediatamente, al director cinematográfico.

Durante un año (1940), en el mismo *Spectator*, ejerció la dirección literaria. Pero como la mayoría de los ingleses, fue reclamado por la segunda guerra mundial. Actuó, primero, en el Ministerio de Informaciones, y luego, de 1941 a 1944, en el Foreing Office. Esta contaminación burocrática quedó suficiente y deliciosamente documentada en "Trabajando", una de las *Nineteen Stories*, con el aporte de una dosis elevada del mejor "humour" inglés que floreció en los días sombríos del año 1940.

Finalizada la guerra, pasó a ocupar la dirección

literaria de la editorial *Eyre and Spottiswoode*, de Londres.

Además de su trabajo en *The Times* y en *The Spectator*, Greene ha colaborado en otros periódicos, principalmente el católico *The Tablet* y el socialista *The New Statesman*. Escribió una introducción para la edición uniforme de las obras de su ilustre y respetado maestro Henry James, y un estudio sobre François Mauriac. Ultimamente ha publicado en *The Tablet* su opinión sobre el dogma de la Asunción, y en *The New Statesman* ha criticado un libro sobre Charles de Foucauld.

Ya Guillermo de Torre ha señalado, en general, la importancia de estas colaboraciones que los escritores, sobre todo los de estos últimos años, dispersan en las revistas literarias y en los periódicos, y que no siempre se deciden a recopilar en libro. Por esta razón, cuando se estudia a un escritor de este tipo, no debe olvidarse este sector de su producción, el más difícil, ciertamente, de conocer, pero, así mismo, el más esclarecedor cuando se trata de captar el momento exacto de un cambio, de una renovación, de un retroceso, de una influencia.

Clasificación de la obra de Greene

Se sabe que Greene insiste en separar sus novelas de sus "entertainments". La clasificación tiene mucho de personal, porque no existe un límite preciso entre el cuento largo y la novela corta, y entre ésta y la novela a secas. Don Miguel de Unamuno se planteó el problema y arribó a conclusiones propias, pero es fácilmente comprobable que no existe una regla universalmente aceptada al respecto.

El ministerio del miedo, incluído por Greene entre sus "entertainments", es, simplemente, una novela policial. Y si comparamos la más extensa de sus novelas —*The Heart of the Matter*— con las novelas-ríos, con las vastas creaciones de Martín Du Gard o Romain, o sin llegar a tanto, con una buena parte de las novelas norteamericanas, que rebasan fácilmente las ochocientas o las mil páginas, las propias novelas de Greene quedarían reducidas, por su extensión, a verdaderos "entertainments". Tampoco hay una diferencia de calidad, pues el hecho de que en unas se planteen problemas metafísicos o teológicos, y en otras solamente un enigma de orden policial, no influye mayormente en la valoración de la técnica novelística, que puede ser excelente en un "entertainment" y mediocre en una novela.

La clasificación de Greene puede tener un significado estrictamente personal: los "entertainments" han sido escritos por mera diversión o ejercicio, sin propósitos trascendentes de ninguna especie. Pero habría que acotar, entonces, que las sucesivas ediciones de "*El ministerio del miedo*" prestigian ese juego, en desmedro de la trabajosa elaboración de —por ejemplo— "*The Man Within*".

En una escala inferior aún, coloca Greene a sus cuentos, con esta declaración: "*Tengo plena conciencia de los defectos de estos cuentos, escritos a largos intervalos entre 1929 y 1941. El cuento corto es una forma literaria que no he practicado nunca en debida forma: presento estos cuentos como los productos subsidiarios de la carrera de un novelista*". Pero así como Greene ha destruído el mito de que es inevitable el fracaso de los grandes escritores toda vez que intentan mezclarse con la cinematografía (antecedentes de Steinbeck, salvo "Viñas de ira", de Huxley, de Hemingway), también es necesario preguntarse si no ha demostrado que los novelistas pueden escribir cuentos, y cuentos brevísimos, con pleno éxito. Este planteamiento está documentado, a la inversa, por un ejemplo que, teniendo validez en el ámbito de la literatura americana, puede utilizarse sin vacilaciones, comparativamente, frente a cualquier literatura. Horacio Quiroga fué un cuentista nato; fué, además, un teórico profundo y solvente de esa forma literaria. Su "Decálogo del perfecto cuentista", su "Retórica del cuento" resumen una experiencia personal lúcida y ojetiva, y afirman una técnica y una estética no aprendidas en los manuales, sino emergente de la labor creadora del escritor.

Pues bien: Horacio Quiroga fracasó como novelista, por las causas que anota Rodríguez Monegal ("Objetividad de Horacio Quiroga", revista "*Número*", Nº 6, 7, 8, Montevideo), ilustradas por una transcripción de Jorge Luis Borges. La mayoría de los novelistas, por su parte, encuentran el principal obstáculo en la concentración rigurosa que exige el cuento, donde "cada pormenor existe en función del argumento general" y donde la extensión debe ser necesariamente breve.

Sabemos, naturalmente, que Hemingway pudo escribir una pequeña obra maestra, "The Killers"; pero recordamos, asimismo, que no ha sido refutada la acusación de que ese cuento magistral es, sobre todo, un fragmento de diálogo vívido y directo.

No es ese, desde luego, el caso de Greene, puesto

que sus cuentos, aún reconociendo los inevitables altibajos en una labor que no es la preferida, pueden figurar dignamente entre los buenos exponentes del género, examinados desde un punto de vista severo, como podría ser la definición de Borges.

Pero aparte de las opiniones que merezca esta parte de la obra de Greene —tema abierto a los más diversos enjuiciamientos, difícilmente conciliables en una conclusión única— es incuestionable que deben ser reivindicados como elementos esenciales e imprescindibles para el estudio de sus novelas. El proceso de la construcción e integración novelística puede observarse netamente en Greene, debido a sus cuentos, que son, muchas veces, gérmenes, o bosquejos, o fragmentos, o meramente incitaciones para un trabajo posterior que ha dado, como fruto, una novela.

Una novela a medias, que puede ser un cuento, es "El otro lado de la frontera", que cierra el volumen de las "*Nineteen Stories*", con una nota previa aclaratoria en la cual dice Greene: "*Supongo que la mayoría de las carreras de los novelistas están abarrotadas de novelas abandonadas. Algunas, porque el novelista ha perdido su interés en la historia de sus personajes; otras, porque alguna exigencia más imperiosa de creación descarta el impulso primitivo. El otro día revolviendo en un cajón, me encontré con el manuscrito de una novela semejante, y al leerla, sus personajes, el escenario y el argumento a medias desarrollado me parecieron de más interés que muchos cuentos míos que ya habían aparecido entre las tapas de un libro*". En aquel momento, le pareció a Greene que el protagonista de "El otro lado de la frontera" era una reiteración del protagonista de "*England Made Me*"; en 1947 le pareció que el escenario descripto en 1936 era tan mísero, deprimente y triste como en su primer viaje, "pero de una manera absolutamente distinta". Y así quedó expresado, podemos agregar, en "*The Heart of the Matter*".

No es de extrañar, entonces, que el dentista de "El billete de lotería" reaparezca en "*El Poder y la Gloria*", como así también el ambiente político mexicano en un pueblo del interior. Tampoco llama la atención que "*The Basement Room*" haya sido retocado antes de convertirse en el argumento de "*The Fallen Idol*", y que se haya introducido allí el episodio de la culebra que no figuraba en el cuento original. Pero sería erróneo insinuar que Greene ha plagiado este episodio, dado que pocos escritores han concedido a determinados animales —aves, insectos, reptiles— un papel de mayor importancia en sus descripciones. Recuérdese, incluso, el final de "La oportunidad del Señor Lever" (1936), protagonizado por "el viaje de ese mosquito desde el negro cadáver hinchado hasta la carpa de Davidson, y hasta el tobillo del Señor Lever". Sin contar las cucarachas en "*The Heart of the Matter*", los zopilotes en "*El Poder y la Gloria*", sobre todo, la araña en "*England Made Me*", símbolo del pálido y fracasado ex alumno de Harrow, símbolo también de una oscura teología en la cual Minty y Dios son una misma cosa.

Libros de viaje.

Dos libros de viaje —"*Journey without maps*" y "*The Lawless Road*"— han preparado dos tipos de escenarios utilizados más tarde por Greene. El primero recoge las impresiones de un viaje a Liberia en 1936, completadas y confrontadas con las observaciones del segundo viaje, realizado durante la última guerra. No escapó Greene a la atracción que ejerce Africa sobre cualquiera, pero especialmente sobre un inglés más bien solitario y preocupado por el problema del mal y de la desesperación. Eludió sin embargo, la actitud polémica del "Voyage au Congo" de Gide; Greene parece obsesionado, sobre todo, por la ineludible transformación que sufren los blancos en contacto con el continente negro, por la existencia, oscilante entre el aburrimiento y la histeria, de la burocracia colonial.

Su viaje a México significó un impacto de otro orden, semejante pero opuesto al sufrido por D. H. Lawrence. En Greene, según se afirma, acentuó su conversión al catolicismo. Pero especialmente, le dió el marco y el argumento para una de us mejores novelas, y sin lugar a dudas, para la novela que, aparte de conquistarle el Premio Hawthorden de 1940, lo colocó en el primer plano de los novelistas actuales. "*El Poder y la Gloria*", cuya acción transcurre en los días de la revolución mexicana, posee una vigencia permanente, intemporal, ajena a lo pintoresco y lo folklórico, las dos grandes y fatales tentaciones para un escritor europeo deslumbrado por la fuerza subyugante de uno de los pocos países hispanoamericanos que ha podido conservar su personalidad primitiva.

La prueba decisiva.

Cuando se publicó "*The Heart of the Matter*", cuya acción transcurre en Africa, aunque más que en la de 1936 —primer viaje de Greene—, en la del segundo viaje, realizado en misión oficial durante la guerra, a pesar de los elogios unánimes y del proyecto cinematográfico anunciado por el binomio Greene-Reed (según parece, abandonado ya, lamentablemente) quedó pendiente una pregunta: "lograría Greene atravesar victoriosamente la edad difícil del escritor, entrando de manera definitiva en la madurez, con el pleno goce de sus facultades narrativas?

Esta interrogante se explica de diversas maneras. En primer término, por lo que podría denominarse como una teoría cíclica de la creación literaria: el florecimiento muy temprano, o precoz, de un genio artístico, tiende a decaer en la época de la madurez, en forma de invencible esterilidad. En segundo término, porque se había creído advertir en "*The Heart of the Matter*", una disminución alarmante de lo imaginativo en favor de lo autobiográfico, como si un posible agotamiento hubiera obligado a Greene a recurrir al expediente más fácil, pero menos puro, técnicamente, de relatar episodios de orden personal, a fin de disimular la carencia de imaginación. Y en tercer término, porque se consideraba la actividad cinematográfica de Greene, y sus éxitos sucesivos, como un peligroso enemigo que lo incitara a dejarse llevar por el plano inclinado de la fama y de los cuantiosos salarios, hacia una zona de frivolidad,

proclive a la fácil satisfacción del mal gusto dominante, y al sometimiento incondicional a los productores y a las editoriales populares. La literatura inglesa tiene un ejemplo típico y lamentable para corroborar esos amenazantes augurios: el de Somerset Maugham, el excelente novelista de una obra primeriza, *Servidumbre humana*, con mucho de profética en su título.

Por su parte, en un lapso de tres años, aparte *"The third man"*, Greene sólo había publicado dos libros que nada adelantaban sobre su evolución como narrador: *"Why I Do Write?*, en colaboración con la novelista Elizabeth Bowen y el crítico literario del *"New Statesman"* V. S. Pritchett, y *"The Lost Childhood and Other Essays"*, colección de ensayos diversos. De ahí que una justificada expectativa aguardara su próxima novela, con la certidumbre de que ella decretaría, casi definitivamente, la salvación o la muerte del novelista, en la mitad justa de su vida.

La última novela de Greene.

La prueba acaba d ser cumplida, según lo denuncia en la revista *"The Month"*, Evelyn Waugh, cuyo comentario, traducido de la versión publicada por *The Commonweal* de Nueva York, ofreciera CRITERIO en su Nº 1148.

La reciente novela de Greene se titula THE END OF THE AFFAIR, y según Waugh, ofrece la novela de una drástica renovación de métodos, en el tratamiento de un tema inicialmente parecido al de *"Lo que no fué"*, que luego se transforma, en un desarrollo inesperado, bajo la hábil técnica del autor y su visión propia de la humanidad, y penetra abiertamente en los límites de la literatura fantástica.

"Hasta aquí —dice Waugh— la realización característica de Greene ha sido tomar la forma contemporánea de melodrama y trasfundirla con vida espiritual. Sus libros han sido relatos tensos, rápidos, con el mínimo de comentarios y el máximo de incidentes; sus personajes, irreflexivos, sin inteligencia ni sentido estético; sus villanos han sido viles, y sus heroínas subhumanas; todos han habitado en una tierra de nadie socialmente violenta. Todo libro ha terminado con muerte y un sentido de finalidad. Cualesquiera fueran las especulaciones provocadas, el lector sentía que en lo referente al autor, el trabajo había terminado. Había dicho todo lo necesario". Sin admitir la generalización de Waugh sobre los personajes de las novelas de Greene, dado que sería dable ofrecer pruebas en contrario, el concepto central sobre el clima y el finalismo de sus obras es exacto.

Frente a estas características, "el gran cambio de esta nueva aventura —agrega Waugh— estriba en el método de contar. Por primera vez hay un narrador: todo es visto a través de sus ojos y con sus limitaciones. En lugar de un grabador omisciente e impersonal, tenemos al principal personaje dando su versión tergiverzada; un narrador que está personalmente en curso de evolución, cuya verdadera historia comienza en realidad al final del libro, que no se da cuenta del destino que los demás podemos preverle. THE END OF THE AFFAIR es un título irónico: el affair no ha llegado todavía a su clima cuando el disco se detiene".

Más adelante, señala Evelyn Waugh que en esta novela Greene encara dos temas que no son extraños a su obra anterior: el de las relaciones sexuales y, sobre todo, el de lo sobrenatural a través de la sublimación de la heroína después de su muerte.

Pero lo que realmente nos interesa en este comentario, es la confesión de Waugh que lo muestra, a él también, entre los preocupados por el destino de Greene como novelista, antes de que apareciera THE END OF THE AFFAIR. "Para concluir —dice— debe felicitarse a Greene por una nueva realización. Muestra que en la mitad de su vida, su mente es más útil y sus intereses más amplios que en la juventud; que es un escritor de auténtica fuerza vital. Ha pasado triunfante el peligroso climaterio en que fracasan tantos talentos. No necesitamos tener ansiedad acerca de su desarrollo, sino alegre curiosidad".

La opinión de Waugh tiene singular valor, porque pese a sus afinidades religiosas, no siempre ha estado a favor de Greene, dada la oposición de temperamentos (por primera vez —dice Waugh— hay humor en la obra de Greene, lágrimas en lugar de balazos...), de estilo, de formación cultural, de ambiente social, de actividad personal ante la vida, etc. En determinado momento, se vió a Waugh formular observaciones de fondo sobre alguna novela de Greene, en contra, incluso, del P. Martindale, jesuíta inglés cuya tesis defendía el autor de *"El Poder y la Gloria"*.

En el comentario que citamos, Evelyn Waugh, que es un novelista consigo mismo, no deja de formular dos o tres objeciones sutiles, que luego reduce en magnitud, pero sin retirarlas, como por ejemplo, la incongruencia de que a la heroína le roben su diario íntimo, y no lo note...

Con THE END OF THE AFFAIR se cierra, en



medio de optimistas perspectivas, la producción de Greene hasta el momento actual; pero, paralelamente, se abre un nuevo período, de renovación, de perfeccionamiento, de nuevas indagaciones y futuras experiencias. Cuando se publicó *"El Poder y la Gloria"*, V. S. Pritchett afirmó: "No hay mejor narrador hoy en Inglaterra y es uno de los dos o tres novelistas vivientes que importan en realidad".

Tal vez no resulte inútil anotar que, a diez años de formulado, ese juicio todavía parece ceñido a los límites de la verdad, y no merece ser rectificado en su radical aprobación. ⊠

BIBLIOGRAFIA DE GRAHAM GREENE. — Es obvio señalar que esta bibliografía sólo pertende, sin alardes de erudición, mostrar, cronológicamente, la obra de Graham Greene en sus más comunes versiones y a título de información para el lector ordenado. No creo que para este propósito sea necesario abundar en precisiones microscópicas. Saber que la primera edición de "El Poder y la Gloria" publicada en los Estados Unidos, ostentó el título de "El camino laberíntico", extraído del poema de Francis Thompson "The Hound of Heaven", es una noticia que puede contribuir a acrecentar la fama de Mr. Greene en cuanto a su prodigalidad en el uso de títulos hermosos y que dicen mucho sobre sí mismo y sobre sus novelas.

Pero es mucho más práctico limitarse a consignar que los libros de Greene han sido publicados, en ediciones uniformes, por la casa Hainemann de Londres ,aunque no en su totalidad, pues esa tarea todavía prosigue. De las traducciones españolas, se incluye sin excepciones la editorial.

1929 — THE MAN WITHIN, novela. -Traducción francesa: **"L'Homme et lui-mê"**, realizada por Denyse Clairouin, ediciones Plon, 1931. Traducción española: **"Historia de una cobardía"**, realizada por Asunción Camero y Rafael Santos Toruella, editorial Luis de Caralt, Barcelona, 1947.

1930 — THE NAME OF ACTION, novela.

1931 — RUMOUR AT NIGHTFALL, novela.

1932 — STAMBOUL TRAIN, novela. Traducción francesa: **Orient-Express**, realizada por Denyse Clairouin, ediciones Stock.

1934 — IT'S A BATTLEFIELD, novela.

1934 — THE BEAR FELL FREE, novela.

1935 — ENGLAND MADE ME, novela. Traducción francesa: **Mère Angleterre**, realizada por Tonnac-Villeneuve, ediciones Laffant, 1948. Traducción española: **Inglaterra me ha hecho así**, realizada por Francisco Baldiz ,editorial Luis de Caralt, 1945.

1936 — THE BASEMENT ROOM, cuentos.

1936 — JOURNEY WITHOUT MAPS, relato de un viaje efectuado a Liberia.

1936 — A GUN FOR SALE, novela. Traducción francesa: **Tueur a gages**, realizada por Robert Masson, ediciones Laffont ,1947. Traducción española: **Una pistola en venta**, realizada por Francisco Baldiz, editorial Luis de Caralt, 1947.

1938 — BRIGHTON ROCK, novela. Traducción francesa: **Rocher de Brighton**, realizada por Marcelle Sibon, ediciones Laffont, 1947. Traducción española: **Brighton, Parque de Atracciones**, realizada por Juan Lladó Bausili, editorial Luis de Caralt, 1945.

1939 — THE LAWLESS ROAD (A Mexican Journey), relato de un viaje a México. Traducción francesa: **Routes sans lois**, realizada por Marcelle Sibon, ediciones "Table Ronde".

1939 — THE CONFIDENTIAL AGENT, novela. Traducción francesa: **L'Agent Secret**, realizada por Marcelle Sibon, "Editions du Seuil".

1940 — THE POWER AND THE GLORY, novela. Traducción francesa: **La Puissance et la Glorie**, realizada por Marcelle Sibon, ediciones Laffont. Traducción española: **El Poder y la Gloria**, realizada por Guillermo Villalonga, editorial Luis de Caralt, 1944.

1942 — BRITISH DRAMATISTS, crítica.

1943 — THE MINISTRY OF FEAR, novela. Traducción francesa: **Chantage**, realizada y editada en Londres. Traducción española: **El Misterio del Miedo**, realizada por Marta Acosta Van Praet ,colección El Séptimo Círculo ,editorial Emecé, Buenos Aires, 1945.

1947 — NINETEEN STORIES, cuentos. Incluye ocho cuentos que integran el volumen "The Basement Room", y otros escritos entre 1936 y 1947. Traducción española: **A través del puente**, realizada por J. R. Wilcock ,editorial Emecé, 1951.

1948 — THE HEART OF THE MATTER, novela. Traducción francesa: **Le fond du probléme**, realizada por Marcelle Sibon ,ediciones Laffont, 1949. Traducción española: **El revés de la trama**, realizada por J. R. Wilcock ,editorial Sur, Buenos Aires, 1949.

1948 — WHY X DO I WRITE, en colaboración con Elizabeth Bowen y V. S. Pritchett, sobre la posición del escritor en el mundo contemporáneo.

1950 — THE THIRD MAN AND THE FALLEN IDOL, cuentos . El primero, escrito especialmente como argumento para un "film" de Carol Reed; el segundo, una redición de "The Basement Room". Traducción española: **El Tercer Hombre y el Idolo Caído**, realizada por Silvina Bulrrich, colección El Séptimo Circulo, editorial Emecé, 1950.

1951 — THE LOST CHILDHOOD AND OTHER ESSAYS, ensayos.

1951 — THE END OF THE AFFAIR, novela.

Pensamiento Pontificio

CARTA APOSTOLICA "IMPENSIORE CARITATE" A LOS OBISPOS Y FIELES DE CHECOSLOVAQUIA

A LOS VENERABLES HERMANOS,
ARZOBISPOS, OBISPOS
Y A LOS AMADOS HIJOS
DEL CLERO Y DE LAS FILAS SEGLARES
DE LA REPUBLICA CHECOSLOVACA
EN PAZ Y COMUNION
CON LA SEDE APOSTOLICA

PIO PP. XII

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS,
SALUD Y BENDICION APOSTOLICA

NUESTRO afecto se dirige más intensamente a aquellos que se encuentran en condiciones difíciles y penosas, sobre todo cuando se derivan de su tenaz fidelidad y ardiente amor al divino Redentor y a la Iglesia fundada por El. Nos entristece profundamente saber que estáis en tan dolorosa condición. Nos es conocido, en efecto, que la religión católica —lo más glorioso que hay en vuestra historia, la más adaptada para promover la concordia, para consolidar la paz, para fomentar la caridad y la justicia, para tutelar la dignidad humana y dar incremento a la civilización— al presente está privada, a pesar de eso, de su libertad legítima o es de tal modo impedida por dificultades de todo género, que le hacen casi imposible ejercer todas sus funciones, dar normas en público y en privado, hacer sentir abiertamente su benéfico influjo en las almas de los individuos, en las familias, en la escuela y en todas las clases sociales, con suma ventaja del bien público. Sabemos que hay entre vosotros, los Obispos, algunos que han sido encarcelados o conducidos a campos de concentración o retenidos en sus mismas sedes o, finalmente, sometidos a incesante vigilancia y control aun en el ejercicio de sus funciones propias.

"Peligrosos enemigos del Estado"

En estas mismas tristísimas condiciones se encuentran centenares y centenares de sacerdotes, de religiosos y de religiosas y un gran número de seglares, que son considerados peligrosos enemigos del Estado justamente porque se atienen con firmeza a las normas de la Iglesia católica, las defienden con fortaleza y se esfuerzan por practicarlas. Pero esto se vuelve en gloria suya y no en deshonor; la doctrina cristiana, en efecto, cuando no está mezclada con errores, no obstaculiza el bien de los ciudadanos, de los pueblos y de las naciones, sino que más bien cimienta y refuerza los principios fundamentales del consorcio humano, regula justamente los deberes y los derechos, a la vez que, salvaguardando la libertad de todos, les llama y conduce a una pacífica y tranquila prosperidad bajo los auspicios de la verdadera justicia. Los católicos, sin duda, a nada son inferiores en el amor patrio, en la observancia de las leyes y en el respeto a las autoridades públicas, con tal de que nada les sea mandado en oposición a su conciencia cristiana y a los derechos de Dios y de la Iglesia. Si se busca el verdadero bien de la nación, aquéllos no deben ser por eso obstaculizados ni castigados contra justicia por su fiel adhesión a la religión de sus abuelos, sino que deben tener la posibilidad de profesar en público y libremente su fe y su modo de pensar, de vivir y de enseñar. Y cuando éstos se esfuerzan por obrar en este sentido, aunque sobre ellos pese la amenaza de gravísimos peligros, atraen la admiración, no sólo de todo el mundo católico, sino de toda persona honesta.

Edúquese a la infancia dentro de las normas cristianas

Lo que en mayor medida tiene ansioso a nuestro corazón es que se usan todas las artes para que los jóvenes y los niños sean excitados al abandono de la fe y de la moral cristiana y se vean privados de aquellos principios y de aquellas normas que deben informar esta tierna edad y que constituyen la salvaguardia de su inocencia, el alimento de la virtud y la condición para ser ciudadanos dignos del nombre cristiano. Ved, venerables hermanos y amados hijos, cuán grande es la importancia del tema que tocamos; si la juventud no avanza por el recto sendero, sino que, privada de la luz que viene de lo alto, se deja atraer por las lisonjas de las pasiones, el daño terminará por herirles no solamente a ellos mismos, sino también a vuestras futuras generaciones. Por eso habrá que llevar a cabo todo esfuerzo para que se impida una calamidad funestísima de este género y para que la infancia crezca sana e íntegra en las costumbres y sea diligentemente educada según las normas de la doctrina cristiana, únicas que pueden preservarla inmune de tantos males y excitarles a la virtud. Sobre todo exhortamos vivamente a los padres y madres de familia para que en esta materia no perdonen cuidados ni fatigas, ya que les toca sobre todo a ellos, en estas condiciones, el deber de suplir con toda diligencia la obra que los sacerdotes y los maestros están impedidos de llevar a cabo.

Intentos de apartar a los fieles de la Sede Apostólica

Otra cosa todavía aflige nuestro ánimo. Nos es conocido cómo se busca con acusaciones bajo falsas apariencias de verdad o con abiertas calumnias apartar a los fieles de la Iglesia católica y, si fuese posible, de su centro; es decir, de esta Sede Apostólica. El Romano Pontífice es presentado como enemigo de vuestro pueblo, cuando, por el contrario, es Padre amorosísimo de él, y se llega hasta el punto de acusarle de preparar una nueva y más grave guerra, cuando él, después de haber hecho toda clase de esfuerzos para aliviar las miserias y los dolores del último conflicto, no deja de escapar ocasión en el presente para promover entre todos los pueblos la fraternidad y la paz.

Sin embargo, que no haya nadie, venerables hermanos y amados hijos, que pierda el ánimo en medio de estas gravísimas angustias; en primer lugar, no se dejen abatir los sagrados pastores, a los que toca particularmente, por deber impuesto por Dios, alimentar la fe de la propia grey, sostener su virtud y consolidar cada vez más el vínculo de unión que la liga a esta Sede Apostólica. Otras veces ya en el curso de los siglos vuestra gente ha superado borrascosos peligros; más de una vez vuestros abuelos se encontraron en la necesidad de elegir entre el martirio sostenido con fortaleza y la traición de la fe de los antepasados; sin embargo, mantuvieron con ánimo invicto la fe católica y frecuentemente derramaron hasta su propia sangre por ella. Bien conocidas os son las antiguas y gloriosas tradiciones de vuestras poblaciones; emuladas finalmente sean propuestos a la admiración de todos los ejemplos de fidelidad y de fortaleza. Recordad, sobre todo, que si los hombres pueden quitaros la libertad, some-

teros a tormentos, exponeros al desprecio público, lanzaros a la cárcel, condenaros incluso a la muerte, no pueden, sin embargo, desarraigar la fe católica de vuestros ánimos ni manchar vuestra conciencia. Podrán hacer mártires, si quieren; pero no podrán hacer traidores de la religión cristiana —como esperamos y pedimos a Dios con nuestras oraciones—, con tal de que todos, con firmísima voluntad, sean perseverantes en la obediencia a las leyes de Dios y de la Iglesia.

Que os asistan en los presentes peligros aquellos santos del cielo que forman la gloria de vuestros pueblos; los Santos Cirilo y Metodio, que, como se nos ha transmitido por la tradición, después de tantas fatigas y larguísimas peregrinaciones, consiguieron llevar la luz del Evangelio a vosotros y a los restantes pueblos eslavos; San Adalberto, que fecundó vuestras tierras con sus sudores apostólicos y constituye en todo tiempo un ejemplo refulgente de fidelidad a la Sede Apostólica; San Juan Nepomuceno, que, por la defensa de los derechos de la Iglesia y la custodia del sigilo sacramental, sufrió con heroica fortaleza el martirio; los mártires de Cassovia, solemnemente beatificados por nuestro predecesor, el Beato Pío X, como fortísimos atletas de Cristo; San Wenceslao, que confirmó su fe con la sangre, y su abuela, Santa Luzmila que, en este grave momento, constituye para las madres de familia un ejemplo de fortaleza de alma en la educación cristiana de su prole, y, en fin, innumerables otros que brillaron entre vosotros por el esplendor de la santidad.

Pero en primer lugar, que os asista benignamente con su poderoso patrocinio la Virgen Madre de Dios, que lo mismo que lo fué en el pasado y es en el presente será, sin duda, también en lo futuro defensa segurísima de vuestras gentes. Ella, que es honrada por vosotros en tantos santuarios con ardiente piedad, Madre amorosísima como es, no dejará de obteneros de su Hijo unigénito las ayudas necesarias de que tanto necesitáis en las dificultades de estos tiempos. Ya otras veces lo hizo; Nos le suplicamos que ya que es invocada con tantas plegarias, quiera hacerlo también en nuestra época, en la que no son de menor gravedad los males y los asaltos de los impíos contra la religión, que mantienen ansioso nuestro ánimo. Que en todas partes sea restituida a la Iglesia la libertad debida, de la que ella se sirve para promover el progreso de la misma sociedad civil y para consolidar sus fundamentos. Los que por defender la propia fe han sido lanzados a la cárcel, los que viven en los campos de concentración puedan finalmente retornar a sus casas y llevar allí una vida tranquila en el libre ejercicio de su religión propia. Que pueda volver aquella paz y aquella concordia de los ciudadanos y de todos los pueblos que reconocen a la Iglesia santa, a las naciones, a cada uno de los individuos sus derechos y su dignidad. Esta verdadera paz, fundada en la verdad, en la justicia, en la caridad y que Jesucristo vino a traer a los hombres de buena voluntad (Luc. 2, 14); sonría lo antes posible para vosotros y para todos los hombres.

Para alcanzar en unión de oración estos fines exhortamos el pasado mes de septiembre al mundo católico por medio de la carta encíclica "Ingruentium malorum"; ahora, de modo particular, por medio de esta carta, nos dirigimos a vosotros, veneradísimos hermanos y amados hijos, para invitaros paternalmente a implorar el patrocinio de la Virgen Madre de Dios, mientras que por nuestra parte, en estas graves circunstancias, no dejaremos de suplicar a nuestra amorosísima Madre María que nos conceda divinos consuelos y copiosísimas ayudas. Que el divino Redentor, sin el cual nada es posible y con el cual nos es posible todo, suplicado por su Madre, secunde cuanto antes en su infinita misericordia nuestras plegarias y nuestros votos, a los que se añaden las súplicas vuestras y las de todo el mundo católico.

Sabed que nuestra ardiente caridad y nuestro paterno ánimo está todos los días junto a vosotros y que vuestros sufrimientos son nuestros; no olvidéis que vuestras penas y vuestros dolores son acogidos benévolamente por Dios, que los cambia en lluvia de gracias celestes.

Entre tanto, como auspicio de los divinos favores y como prenda de nuestra particularísima benevolencia, a vosotros todos, venerables hermanos y amados hijos, y especialmente a los que "sufren persecución por la justicia" (Mat. 5, 10), os impartimos con efusión de corazón la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 28 de octubre de 1951, fiesta de Cristo Rey, año XIII de nuestro pontificado.

PIO PP. XII

DISCURSO PONTIFICIO A LA F. A. O.

Versión castellana de N C del discurso que pronunció Su Santidad el Papa Pío XII a los delegados de la VI Conferencia Internacional de la FAO (Food & Agricultural Organization), la agencia de las Naciones Unidas encargada de promover una mayor producción agrícola y una mejor nutrición para los pueblos retrasados:

"APROVECHAMOS con gusto, señores, la ocasión que nos ofrecéis hoy de manifestaros en forma vivamente sentida el cordial interés que nos inspira la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura y nuestra estimación para aquellos que a ella se dedican con ardor. No podríamos alabar lo suficiente no sólo vuestra obra bienhechora, sino sobre todo la gran lección de valor que dais al mundo. Hace falta mucho valor para proseguir con una santa obstinación una tarea difícil, cuyos resultados, no obstante su importancia real, escapan en gran parte a la observación superficial de aquellos mismos que, sin embargo, son sus beneficiados.

A la vista de las ruinas acumuladas por las guerras o las revoluciones sobre toda la superficie del globo, de ciudades destruidas y de campos devastados o abandonados; a la vista de las plagas naturales que han asolado inmensas regiones y de las miserias inauditas que se producen por todas partes; a la vista de poblaciones obligadas a huir a la ventura, sin hogar y sin recursos, ante la furia de las aguas invasoras, más temibles a veces y más asoladoras todavía que las erupciones volcánicas o los terremotos de ayer, es fuerte la tentación —y muchos, por desgracia, sucumben en ella— de dejarse llevar por el desaliento, de gastar en lamentaciones, muy comprensibles ciertamente, o en recriminaciones injustas contra aquellos que no podían hacer más, las fuerzas que permitirían luchar y reaccionar.

Para vosotros, en cambio, esta miseria general es un aguijón poderoso que estimula vuestra iniciativa, y vuestra Organización lo pone todo en juego con tanta sagacidad, habilidad y método práctico como abnegación ilimitada para acudir en su auxilio. Sin perder jamás de vista la situación en su conjunto y en sus detalles, os habéis dedicado a analizarla para repartir entre múltiples servicios y por las diversas regiones las distintas especialidades.

¡De hecho esta situación es tan compleja, hay que proveer a tantas necesidades, afrontar tantas dificultades, triunfar de tantos obstáculos de todas clases y en condiciones locales o regionales tan diferentes!

Se trata, en efecto, a la vez de la producción, de la conservación, del reparto, del transporte y de la distribución de los artículos de primera necesidad, de una explotación tan fructífera como sea posible de las riquezas inmensas de la tierra y del mar, de los bosques y de los cursos de agua, de la agricultura, de la pesca y del pastoreo.

¿No es deplorable ver después de tanto tiempo, y en algunos casos desde siempre, que países admirablemente favorecidos por la Naturaleza quedan indefinidamente casi improductivos a falta de métodos o de utillaje un poco perfeccionados, necesarios para la utilización de sus riquezas nacionales? ¿Y ver que otros completamente desprovistos de tales o cuales medios indispensables, y abarrotados de productos ardientemente deseados en otras partes, pero con los que no saben qué hacer y que son incapaces de hacer circular por falta de medios de transporte? Sería tristemente larga la lista de estas anomalías y de estos problemas, que no pueden resolverse sino por una inteligencia internacional activa y por la colaboración de los altos especialistas de todos los órdenes.

A esto es a lo que tienden vuestros esfuerzos, señores, con un celo digno de todo elogio y en un espíritu de universal fraternidad. Hacéis de buen grado todo lo que es humanamente posible; pero por encima de las posibilidades humanas tiene sus planes el poder divino, presto a secundar paternalmente vuestra buena voluntad y vuestro trabajo y no esperando sino la oración confiada para hacerlo.

También por nuestra parte elevamos instantemente la nuestra, invocando sobre vosotros, sobre vuestro trabajo, sobre vuestros colaboradores y vuestras familias la bendición del cielo, en prenda de la cual os damos con todo nuestro afecto nuestra bendición apostólica".

CONFERENCIAS

Lecciones de mi reciente viaje a Europa

MONS. MIGUEL DE ANDREA
Obispo de Temnos

Conferencia pronunciada en el Teatro Odeón de Buenos Aires el 19 de diciembre de 1951

VENGO de Europa, más concretamente de Roma, de la Roma eterna, de la Capital del mundo de las almas. He participado en dos acontecimientos trascendentales: la realización del Congreso mundial de los seglares y la celebración del homenaje también mundial al teórico y al práctico de la organización de la Democracia Cristiana en Italia.

De las impresiones recibidas en tales celebraciones y del intercambio de opiniones con los hombres prominentes del mundo cristiano, que actuaron en ellas, ¿qué nueva ideología traigo para divulgarla y compartirla con mis conciudadanos y compatriotas? ¿Nueva? Ninguna. Traigo la misma que llevé. La misma que vengo exponiendo desde hace medio siglo en la predicación del Evangelio y en la exposición doctrinaria del Catolicismo social.

Pero traigo una novedad: la documentación irrecusable de su verdad otorgada por los acontecimientos producidos en el mundo en la primera mitad de nuestro siglo XX, por la coincidencia perfecta con el pensamiento de los maestros de la sociología católica y sobre todo por la ratificación auténtica y suprema del Vicario de Jesucristo Pío XII, que es hoy, sin discusión, aún desde el punto de vista humano, el hombre más grande del universo.

CARLOS Marx ha sostenido esta tesis: las ideas son determinadas por las circunstancias. La tesis verdadera es la contraria: las circunstancias son creadas por las ideas. No son los acontecimientos quienes determinan las ideologías: son las ideologías quienes producen los acontecimientos.

¿Quién podría seguir el misterioso proceso de las ideas que elaboradas en las altas regiones intelectuales, descienden hasta las profundidades de las masas impulsándolas hasta sus últimas consecuencias? Adviértase que siempre son las masas proletarias las ejecutoras de las grandes reacciones sociales. Y cuando estas reacciones resultan catastróficas, suelen aparecer los que reclaman cadalsos para las consecuencias, olvidando que habían contribuido a levantar tronos para los principios.

ANTES de observar el panorama mundial y de documentar la coincidencia en su apreciación con las opiniones de los maestros contemporáneos, necesito evocar algunos recuerdos de acontecimientos vividos en nuestra Patria. Esto nos ayudará a extraer las lecciones pertinentes y a formular los propósitos que persigo con esta conferencia.

Me tocó iniciar mi apostolado sacerdotal al comienzo del siglo XX, cuando ya el liberalismo desenfrenado del siglo XIX, daba sus frutos. De hecho había negado las normas de toda moral y prescindido de las leyes de toda justicia. No quedó barrera alguna que contuviera los excesos que son exigencias naturales de la codicia humana. Toda oposición había sido eliminada. Las organizaciones profesionales habían sido disueltas y el Estado había quedado reducido a la impotencia bajo el imperio de la máxima predominante "dejar hacer". Los abusos de la explotación del proletariado y la falta absoluta de defensa, incubaron en él estas dos convicciones: la desesperanza en las otras clases sociales y la necesidad de hacerse justicia por sus propias manos. Sonó entonces la hora fatídica de la aparición del anarquismo.

Cuando terminados mis estudios en Roma, desembarcaba en mi Patria en agosto de 1900, llegaban las noticias de los atentados contra Reyes, Jefes de Dinastías y de Estados. ¿Quién no recuerda lo acontecido poco después, al realizarse la masacre de los Zares y de sus vástagos?

Estábamos en las primeras décadas del siglo. Nuestra Patria se aprestaba a celebrar con el debido entusiasmo el centenario del grito de su independencia. Las Naciones designaban eminentes representantes para compartir el júbilo con la joven Hermana que se había conquistado a justo título en el primer siglo de su vida independiente, la simpatía general.

El anarquismo no pudo resistir a la rebeldía que le provocaba la proximidad de esa asamblea de la jerarquía internacional, y juró ahogar en sangre la celebración centenaria. Una bomba estalló en el Colón en repudio de la aristocracia y otra terminó con la vida del militar honesto y viril que investía la Jefatura de la Policía, en protesta contra la autoridad. El pánico cundió y envalentonado el anarquismo juró hacer desaparecer las banderas argentinas de los balcones de las casas y de los pechos de los ciudadanos. Pero la reacción se produjo. No recordaré su historia, porque tuve mi participación en ella. La juventud se irguió, como un león que siente invadido su dominio. La ciudadanía la acompañó. Cincuenta mil manos viriles enarbolaron banderines con los colores patrios, ostentando en sus pechos escarapelas argentinas, y esa muchedumbre entusiasta desfiló entre las aclamaciones del pueblo a lo largo de la Avenida de Mayo. ¡Magnífico espectáculo! ¿Era que el cielo había bajado a nuestra tierra para besar a la Patria que despertaba de su pesadilla, o era que la Patria se levantaba hasta el cielo para vestirse de nuevo con los colores que le había tomado?

El incontenible entusiasmo juvenil llevó a los manifestantes hasta el monumento del Padre de la Patria. Levantáronme sobre sus gradas y exigieron que hablara. Y lo hice para pedirles que desde ese altar de la Patria ante el cual parecía inclinarse el mismo sol que se ponía en el occidente, me acompañaran a formular el juramento de no permitir jamás que bajo nuestro cielo aparezca ninguna bandera roja, emblema de anarquía, porque la única bandera roja que deberá tremolar como soberana es la celeste y blanca, si alguna vez no cabe la gloria de enrojecerla con la sangre de nuestras venas en defensa de nuestra soberanía y de nuestra libertad!

PERO la anarquía no puede perpetuarse. Es por naturaleza transitoria. "Nihil violentum durabile". No puede ser durable lo que es violento. Además, es inorgánica, privada de todo vigor de centralización y por eso tiende a la disgregación. Es esencialmente asesina pero también fatalmente suicida. El proceso de su desintegración continuaba al estallar la primera guerra mundial, la gue-

rra del catorce, que pasará a la historia estigmatizada por estas dos palabras de Benedicto XV: "masacre estéril". Estéril para la justicia y la paz, pero por desgracia fecunda para la injusticia y la guerra.

El proletariado comprobó la esterilidad del sacrificio a que se lo había sometido y que su condición, lejos de mejorar, se había vuelto más miserable. Los nuevos dirigentes vieron llegada la oportunidad de utilizar en provecho de su nuevo imperialismo las reacciones proletarias y organizaron "la dictadura del proletariado". Su consigna fué la de expandir su dominio sobre el mundo entero, asegurando así el que acababa de establecerse en Rusia. Nuestra Patria fué una de las primeras víctimas codiciadas. Tal fué el verdadero origen de la semana trágica de enero de 1919. El comunismo intentó abolir la llamada aristocracia, neutralizar a la Iglesia y apoderarse del gobierno. Juzgó necesario abolir la aristocracia, porque ella surgía y se consolidaba a expensas del proletariado del cual se servía y al cual explotaba. Puedo dar fe de que se hallaban confeccionadas las listas de los acaudalados cuyas cabezas se debían tronchar y cuyas confortables mansiones se iban a distribuir.

Juzgó también necesario neutralizar a la Iglesia porque ésta, consultando sus propias conveniencias, es el sostén de la aristocracia y porque las creencias religiosas que propaga son "el opio del pueblo" para contener sus reivindicaciones. Los desmanes consumados entonces por las turbas instigadas y enfurecidas, lo han dejado documentado.

Intentó también, como era lógico, apoderarse del Gobierno. Pero al frente del Campo de Mayo, se hallaba un patriota, un militar sin tacha y sin miedo. Marchó sobre la Capital. Le fueron conferidos los poderes necesarios. Se derramó mucha sangre. Se le llamó "semana roja". Pero se salvaron el Gobierno y el honor. Lo que aún no se ha salvado es la omisión de la gratitud nacional que todavía no ha hecho justicia al hombre, cuyas confidencias conservo inviolados en el alma: el General de División Luis Dellepiane.

SEPARADOS un tanto los estragos de aquella tempestad social; los que la habían promovido, intentaron proporcionar al proletariado una fácil revancha, polarizando sus iras contra un blanco más indefenso: la Iglesia, sobre la cual pretendieron acumular la responsabilidad de lo acontecido.

Se comprendió entonces la necesidad urgente de evidenciar ante el pueblo los sentimientos auténticos de la Iglesia quien, Madre como es, si puede tener algunas preferencias, deben ser para los hijos más necesitados y más indefensos. El Arzobispo de Buenos Aires, Mariano Antonio Espinosa, cuya virtud característica fué la paternidad, me autorizó a organizar y a realizar por medio de la Unión Popular Católica Argentina, la Gran Colecta Nacional, cuyas finalidades propendían directamente al mejoramiento material y moral del pueblo, entre las cuales mencionaré, la creación de sindicatos y cooperativas de consumo y la construcción de casas higiénicas y baratas.

Después de seis meses de preparación la Colecta se realizó durante una semana en el mes de Setiembre de 1919 con un éxito tan extraordinario como inesperado. Fué "la semana blanca" en contraposición a "la semana roja". Así como las violencias reaccionarias de la semana roja habían quedado comprobadas en los incendios y destrucciones de Templos y Asilos; quedaron a su vez documentadas las rehabilitaciones pacíficas de la semana blanca, en la erección de edificios destinados a la acción social y en la construcción de los cuatro vecindarios de casas individuales y colectivas con que se iniciaba entre nosotros la solución del pavoroso problema de la vivienda.

Con ello se pretendía además dotar a la Iglesia de un patrimonio que asegurara su independencia económica a fin de que su libertad no fuera jamás influenciada por las dádivas ni de los acaudalados, ni de los gobernantes.

La Acción Católica Argentina que, establecida sobre las normas dictadas por Pío XI, sucedió a la Unión Popular Católica Argentina, modelada sobre las de Pío X, heredó sus bienes y sus inmuebles; y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas cuya casa madre erigida en un terreno adquirido con fondos de la Gran Colecta Nacional, documentan juntamente con otras instituciones la autenticidad de los hechos que me he visto obligado a evocar.

Suele decirse que no es de buen gusto rememorar hechos en que se ha intervenido, si ellos son encomiables. Es probable. Pero es cierto que es de mal gusto el empeño de relegarlos al olvido, sobre todo cuando éste puede proyectar alguna sombra sobre la corrección de quienes los realizaron. Nadie puede gloriarse de haber procedido con justicia, si ha ocultado la verdad y omitido la caridad.

HE evocado estos recuerdos para que, sirviéndonos de ellos como de un examen de conciencia, formulemos propósitos de enmienda para el presente y el porvenir. Sabemos que no se escarmienta en cabeza ajena; pero lo alarmante es que hasta ahora no hemos escarmentado, ni en la propia.

Los he mencionado además para que tengamos presente que nuestro País no es una isla privilegiada que pueda considerarse a salvo de los peligros que amenazan al mundo. Y ahora menos que nunca. En efecto: la humanidad ha aumentado enormemente y el mundo se ha empequeñecido. Según la última estadística, en el año 1900 la población del Globo era de mil seiscientos millones de seres humanos, y este año de 1951 es ya de dos mil cuatrocientos millones. Y el mundo se ha venido reduciendo en la misma proporción. Las distancias se suprimen por la velocidad vertiginosa con que se comunican los Países y los Continentes por la tierra, por el agua y por el aire. Las ideas y aún los acontecimientos se sincronizan en el mundo.

Ahora bien: si, como lo hemos mencionado, son las masas proletarias las ejecutoras de las grandes convulsiones sociales y si lo que las decide a promoverlas son las condiciones miserables de la vida, agravadas por la falta de convicciones religiosas; es el caso de preguntarnos seriamente: ¿qué hemos hecho y qué debemos hacer para mejorar positivamente su estado material y moral?

Algunas voces autorizadas y elocuentes se levantaron en las sesiones plenarias del Congreso Mundial para dar un ¡alerta! al laicado de todo el universo. Nadie puede quedar impasible ante los sufrimientos de las grandes masas próximas o distantes, porque sus movimientos como olas poderosas, dilatan y elevan la marea universal. Hay que preocuparse, nos decían, de encontrar solución a la gran miseria no sólo de nuestros pueblos sino también de los lejanos como el de la India. Antes que hablarles de libertad hay que ayudarlos a libertarse de la opresión de la miseria. Y agregaban: si en el pueblo chino pudo implantarse tan fácilmente el comunismo, fué porque la inmensa miseria en que se debatía, hacía morir de ham-

bre a millones de seres humanos. Y en el seno de tantas de nuestras naciones hay decenas de millones que sufren, entre exilados, refugiados y desocupados, sin incluir a los que se debaten en el desamparo por falta de viviendas y en angustiosas estrecheces porque los precios de lo indispensable para la vida, frustran los aumentos de sus salarios.

Piénsese también en que de los cuatrocientos millones de católicos que hay en el mundo, sesenta y siete millones han caído ya bajo el despotismo soviético. Resuenan todavía en nuestros oídos las voces de algunos de los representantes de esos pueblos oprimidos, y es oportuno hacer notar, para gloria de nuestra religión, que esas voces no eran lamentos de víctimas, sino más bien cánticos de héroes actualizando en pleno siglo XX, la magnanimidad con que miraban de frente el martirio aquellos que lo soportaron en la aurora del cristianismo, bajo la crueldad ominosa de las sangrientas persecuciones del paganismo.

Todo eso puede producirse en el seno de cualesquiera de los pueblos de la tierra. ¿Qué podemos, por lo tanto, qué debemos hacer para impedirlo a lo menos en el nuestro? ¿Quiere decir que debemos resolvernos a ello por temor? Sí, también por temor. Cuando el amor no es suficiente, puede y debe hacerse intervenir al temor. ¿Acaso la tercera guerra mundial no está siendo contenida por el temor? El miedo de una agresión siempre inminente, impone a las naciones rivales, gastos astronómicos que se anuncian en publicaciones cada vez más sensacionales. Si se pudiera hacer un cálculo de lo que cuesta al mundo el temor, seguramente quedaríamos espantados y al recobrarnos del asombro se nos ocurriría reflexionar así: para que el fantasma de la guerra desapareciera y para que la paz reinará, bastaría sustituir el temor por el amor, es decir: bastaría que el amor hiciera invertir esas mismas sumas fantásticas en mejorar positivamente la condición de las masas proletarias que suelen apelar a las guerras para la punición de los ricos y el bienestar de los pobres.

TODOS coinciden en afirmar que nos hallamos en vísperas de la aparición de un mundo nuevo. Ese mundo nuevo que surgirá después de esta prolongada y laboriosa gestación, deberá asentarse en un nuevo orden social. Pero este nuevo orden social no se establecerá por sí solo, ni aparecerá como una nueva creación de la Providencia. Los responsables del orden en la vida individual como en la vida social de los hombres, somos los mismos hombres. Dios lo deja librado a nuestra cooperación. Para eso nos arma de libertad y nos otorga sus dones.

Dicen que la historia se repite. Así será. Pero las etapas historicas de la humanidad no se reproducen. No nos lamentemos. La Providencia nos hace vivir en esta dura y agitada época de transición con el altísimo y honroso designio de hacernos intervenir en la elaboración de otras mejores. "Hora est jam nos de somno surgere". Esta es la hora de despertar de nuestro sueño. Nuestra vocación es nobilísima. No seámos indignos de ella.

¿Y por qué procedimientos podemos colaborar en la grande empresa de la pacificación y de la constitución del nuevo orden social del mundo?

Con relación al exterior, contribuyendo a crear la convicción de la necesidad imperiosa de hacer causa común con todas las naciones de civilización cristiana. Ya está en crisis la tesis del aislamiento fundada o en prejuicios o en pretensiones de suficiencia. La defensa para que llegue a serio, tiene que hacerse en común, porque la amenaza es también común. No es conveniente ni es posible resistirse a los grandes movimientos orientados hacia la unión de la familia humana. Lo que son las familias para una Nación, deben llegar a ser las Naciones para la humanidad. Tal es el contenido de la Carta de los derechos del hombre, de los Programas de educación, base de la Unesco, del Pacto del Atlántico, etc.

Y con relación al interior, contribuyendo a formar conciencia sobre la necesidad de las organizaciones sindicales. ¿Cómo se puede pretender actuar sobre cada individuo en particular? Y aun cuando ello fuera posible, ¿cómo se puede pretender que cada individuo deje de ser influenciado por el medio en que necesariamente debe actuar?

La sindicación es el gran medio de llegar al establecimiento del nuevo orden social. Tal es la afirmación proclamada en el Congreso mundial por una de las autoridades eminentes en esta materia: el holandés Pierre Serrarens, convertido al Catolicismo en 1916, Secretario General de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos desde 1920 y Consultor en los problemas económico-sociales de las Naciones Unidas y de la Organización Internacional del Trabajo. Nos dijo también entoces que después de la Encíclica "Rerum Novarum", los sindicatos comenzaron a adquirir un gran desarrollo; sindicatos de diversa ideología: socialistas, comunistas cristianos y católicos. Los primeros fueron los más numerosos y más fuertes, agregó, porque los católicos se movilizaron tan tarde que un insigne publicista contemporáneo y de nuestra ideología, ha podido condenar "la desaprensión de los católicos" y afirmar que "en el conjunto y a pesar de los esfuerzos de unos cuantos se salvaron el honor, la indolencia de ellos frente a los problemas relacionados con la dignidad de la persona humana y la justicia cristiana, constituye uno de los fenómenos más afligentes de la historia moderna".

Para lograr esta y otras ventajas, es necesario resolverse de una vez por todas a terminar con la desvinculación de los núcleos y de los círculos, inspirados en los mismos nobles ideales y animados de los mismos elevados propósitos pero desvinculados y a veces hasta rivales. Salgamos de los asfixiantes encierros de Capilla y dispongámonos a respirar atmósferas de Catedral. Respetemos la autonomía de todos los círculos; pero procuremos que sirvan de eslabones para la defensa común. Es indispensable la variedad, pero ella complementará su belleza haciéndola servir para la unidad.

¿Y cuál sería el procedimiento que concretamente deberíamos adoptar para el logro de esta fecunda y nobilísima finalidad? El de establecer una coincidencia doctrinaria y práctica en torno a los principios básicos de la Democracia Cristiana. ¿No es esto lo que está restableciendo vigorosamente y salvando del comunismo a la laboriosa y cristiana Italia de donde vengo?

Quiero adelantarme a prevenir toda confusión y evitar de antemano todo malentendido. Con esta incitación no hago ni quiero hacer política. A otros corresponderá esa tarea. Hago lo que he hecho toda la vida y lo que con la ayuda de Dios, continuaré haciendo hasta el fin. Ya he dicho al referirme a la política partidista que la mejor que puede hacer la Iglesia es la de abstenerse de esa política. Por eso estoy en condiciones de exhortar a todos, políticos y apolíticos, jóvenes y provectos, mujeres y varones, católicos y acatólicos. No es novedad para nadie la amplitud de mi criterio a este respecto. Ella acaba de recibir una sanción reconfortante. En la sesión solemne de clausura, el Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares, hizo por medio de su Presidente, en nombre de los delegados de setenta y cuatro Países, este llamamiento "a todos los católicos instándolos a participar de una " manera cada vez más personal y ardorosa en esta cru-

gada mundial de la caridad, del bien y de la paz. A todos los cristianos, cualquiera que sea la confesión a que pertenezcan, a todos aquellos que creen en un Dios trascendente que interviene amorosamente en la historia humana; a que se unan en la afirmación de los derechos imprescriptibles de Dios y en el cumplimiento generoso de su voluntad en el desempeño de la vida pública como en el de la vida privada. A todos los hombres de buena voluntad capaces de decidirse a salvaguardar la integridad de la persona humana y el respeto de sus destinos para mantener y promover en el orden temporal fundado sobre el derecho natural, la primacía de los valores espirituales. A todos los hombres, en fin, el Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares, dirige su llamamiento fraterno, invitándolos a trabajar juntos sobre estas bases, con el propósito de "instaurar una comunidad internacional verdaderamente humana, condición indispensable de toda esperanza de paz." Como se ve, nadie queda omitido en este llamamiento a la concordia, del cual sólo pueden considerarse excluidos, los que por sí mismos se hayan colocado fuera de la humanidad!

LA vanguardia de este movimiento restaurador de la verdadera demostración, que no puede ser otra que la cristiana, ya la están constituyendo los inspiradores, los adherentes y los simpatizantes que entre nosotros se están sumando a cuantos en diversas naciones resuelven participar en el homenaje mundial que se tributa al organizador y propulsor de la democracia cristiana en Italia. A todos ellos, representados aquí por el comité ejecutivo, mi modesta bendición y mi efusivo aplauso. Y a todos ellos el siguiente mensaje que me entregó Don Luigi Sturzo el 11 de Noviembre de este año de 1951: "Excelencia Reverendísima: No sabría cómo agradecer a V. E. R. y a los numerosos amigos argentinos por su participación en la fundación del Instituto Internacional de Estudios Sociológicos promovido en Roma en ocasión del octogésimo aniversario de mi nacimiento. Le suplico hacer llegar a todos ellos mi emocionado sentimiento de gratitud y de afecto.

"No he tenido la dicha de visitar la Argentina ni los otros bellos Países de Sud América, habiéndolo deseado tanto. Pero la aproximación entre la Argentina e Italia ha sido siempre viva y operante no sólo por el aporte de la emigración italiana desde el pasado hasta hoy; y por la amistad sentida y constante entre ambos pueblos (y nosotros los italianos hemos tenido de ella una prueba especial por la actitud argentina en convenios internacionales), sino también por la comunión espiritual de cultura y de religión.

"Es destacada la posición de la Argentina entre los pueblos de civilización cristiana; es importante su porvenir en las evoluciones políticas y civiles del mundo occidental; grande será su desarrollo económico con relación al incremento demográfico interno e inmigratorio. Por tanto, mi augurio al pueblo argentino es que se encuentre a la altura de la misión que le ha asignado la Providencia. Para el cumplimiento de esta misión contribuirá con toda seguridad la comprensión y la difusión de la doctrina social católica. Los amigos Argentinos, apoyando la creación en Roma del Instituto Internacional, participan también en la afirmación y en la divulgación de esos principios sociales católicos que han inspirado mi concepción sociológica y mi actividad nacional e internacional en el campo de la Democracia Cristiana.

"Invoco a la Providencia para que los votos de progreso moral se realicen por la concordia de la voluntad de todos en todas las partes del mundo en el nombre de Cristo."

HE dejado para el final lo que nos debe decidir definitiva y entusiastamente a colaborar en la creación de un nuevo orden social. No basta ya la sola práctica de la religión individual ni la profesión de la moral personal. Cuando el cristianismo está amenazado, todo cristiano tiene el deber de hacerse apóstol.

Escuchemos con recogimiento los conceptos del Sumo Pontífice Pío XII, expresados al clausurar el Congreso Mundial del Apostolado de los Seglares, ante la representación de setenta y cuatro Países: Recomendamos y aplaudimos vuestros esfuerzos y vuestros trabajos y sobre todo el vigor de vuestra buena voluntad y de vuestro celo apostólico... Os felicitamos por vuestra oposición a esa tendencia nefasta que reina aún entre los mismos católicos, que quisiera confinar a la Iglesia dentro del círculo de los problemas puramente religiosos, recluyéndola dentro del santuario y de la sacristía y dejando que la humanidad se debata afuera con sus necesidades y sus preocupaciones. Esto desgraciadamente es una triste realidad en algunos países, en los cuales se la obliga a permanecer así. Pero aún en este caso, aún aprisionada dentro de los cuatro muros del templo debe esforzarse, nos decía el Papa, por hacer, cuanto le sea posible, porque Ella no se retrae ni se recluye ni espontánea ni voluntariamente.

Y después de expresados los conceptos con que rechaza las pretensiones del aislamiento en que se pretende relegar a la Iglesia, dijo textualmente: "Necesaria y continuamente la vida privada y pública se halla en contacto con la ley y con el espíritu de Cristo; de lo cual resulta por la fuerza de las cosas, una compenetración recíproca del apostolado religioso y de la acción política. Política, añade, en el sentido elevado de la palabra, no significa otra cosa que la colaboración en el bien de la ciudad, πόλις. Y como este bien de la ciudad se extiende con amplitud, se comprende bien que es sobre el terreno político que se debaten y se dictan las leyes de las más transcendentales proyecciones, como son las que conciernen al matrimonio, la familia, la niñez, la escuela, para limitarnos a estos ejemplos. ¿No son éstas, cuestiones que interesan primordialmente a la religión? ¿Puede concebirse que ante ellas, un apóstol permanezca en la indiferencia y la apatía? En nuestra alocución del 13 de mayo de 1951 hemos trazado el límite entre la Acción Católica y la acción política. La Acción Católica no debe entrar en la liza de la política de partido. Pero, como lo hemos declarado en otra oportunidad también: tan laudable es mantenerse por encima de las querellas contingentes que envenenan las luchas partidistas... cuan vituperable es dejar el campo libre para dirigir los asuntos del Estado a los incapaces y los indignos. (Discurso del 28 de marzo de 1948.) ¿Hasta qué punto el apóstol puede o debe mantenerse distante de ese límite? Es difícil formular acerca de este punto una regla uniforme para todos. Las circunstancias y la mentalidad, no son en todas partes las mismas.

"Nos congratulamos con vosotros por vuestras resoluciones; ellas expresan vuestra firme resolución de tenderos la mano los unos a los otros por encima de las fronteras nacionales, con el propósito de llegar prácticamente a una plena y eficaz colaboración en la caridad universal. Si hay en el mundo un poder capaz de eliminar las mezquinas barreras de los prejuicios y las prevenciones, y de capacitar a las almas para una franca reconciliación y unión fraternal entre los pueblos, es, sin duda alguna, la Iglesia Católica. Podéis enorgulleceros de ello. Pero debéis colaborar en su realización con todas las fuerzas de que sois capaces."

Después de esto están de más todas las palabras. Sólo agregaré las siguientes, con las cuales termino. Los momentos en los cuales deben tomarse determinaciones, suelen hallarse rodeados de tales circunstancias que a los hombres rectos les vuelven más difícil conocer el deber que resolverse a cumplirlo. Considero que en los actuales acontecimientos del mundo, la coincidencia con la visión de los sociólogos contemporáneos más eminentes y las normas auténticas y supremas del Vicario de Jesucristo, nos han proporcionado la evidencia de cuál es nuestro deber en esta época de transición en que nos toca vivir. Quien no se decida a cumplirlo por amor a la Iglesia, debe hacerlo por amor a la Patria, y quien no se decida por amor a la Patria, debe resolverse por amor a la humanidad. Y felizmente entre cuantos me escuchan, no hay nadie dispuesto a perder un solo segundo en la tentación de colocarse fuera de la humanidad.

Información Católica

HACIA UNA CELEBRACION MAS UNIVERSAL DEL OCTAVARIO DE ORACIONES "PRO UNIDAD DE LA IGLESIA"

Queda fuera de toda duda para aquellos que analizan las divisiones existentes entre los cristianos y han comprendido que es una trágica realidad la existencia de millones de hermanos separados de la verdadera Iglesia, que es necesaria una ola de incesantes oraciones para el retorno de aquellos a la comunión de la caridad única de Cristo.

El Octavario de Oraciones **Pro Unidad de la Iglesia** que se realiza en enero, ofrece la mejor ocasión para todos los católicos de rogar al unísono por el retorno de nuestros hermanos separados. Todo paso hacia una celebración más universal añade nuevas esperanzas a la pacífica conquista de Cristo.

La Unión Misional del Clero, que cuenta con 340.000 sacerdotes entre sus miembros en su 3er. Congreso Internacional celebrado en septiembre de 1950 en la Pontificia Universidad Gregoriana, formuló el voto siguiente: Que se multipliquen los esfuerzos por el retorno de nuestros hermanos separados a la única y verdadera Iglesia de Cristo, para que las ovejas perdidas de la casa de Israel sean reconducidas a la Fe. Que se celebre en todas las Parroquias el Octavario por la Unidad (del 19 al 25 de enero) y en los Seminarios además una semana o al menos una jornada Pro Oriente Cristiano.

El Padre Pablo Watson, S. A., protestante convertido, interesante figura de gran visión y gigantesca fe, fué el fundador de este Octavario. Este tiene la aprobación del Pontífice Romano desde Pío X. Su Santidad Pío XI y luego Pío XII han adoptado la práctica de iniciar el Octavario con la celebración de una misa de acuerdo a sus intenciones, en la fiesta de la Cátedra de San Pedro. Recientemente el Octavario ha sido enriquecido con nuevas indulgencias por el Pontífice reinante, lo que fué celebrado con gran solemnidad en Roma, cabeza y centro de la Cristiandad. Obispos de Estados Unidos, España, Grecia y la India, han ordenado y sancionado su celebración.

Damos a continuación las intenciones para cada día de la Octava.

Enero 18: Fiesta de la Cátedra de San Pedro. Por el retorno de todas las ovejas perdidas al único redil de San Pedro, el pastor único.

Enero 19: Por el retorno a la Iglesia Católica de los hermanos separados de Oriente.

Enero 20: Por el retorno de los Anglicanos a la Iglesia Católica.

Enero 21: Porque los luteranos y otros protestantes de la Europa continental hallen su vía de retorno a la Santa Iglesia.

Enero 22: Para que los cristianos residentes en América se unan en comunión con la Cátedra de San Pedro.

Enero 23: Por el retorno a la práctica de los Sacramentos de los Católicos no practicantes.

Enero 24: Por la Conversión de los israelitas.

Enero 25: Fiesta de la Conversión de San Pablo. Por la conquista misionera del mundo para Jesucristo. (De **Unitas**).

INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION PARA 1952

ROMA (NC). — El alivio y consuelo de los padecimientos del pueblo de Corea constituye la primera de las intenciones que Su Santidad el Papa Pío XII ha aprobado para el Apostolado de la Oración en 1952.

La lista de las intenciones misionales revela una vez más la preocupación del Soberano Pontífice por la suerte de la Iglesia en Asia; otra de las intenciones pide por la conservación de la fe en la América Latina.

He aquí los meses y sus intenciones particulares:

Enero: El alivio de los sufrimientos materiales y espirituales del pueblo de Corea.

Febrero: Libre desarrollo de las escuelas católicas en India y Pakistán.

Marzo: La conservación de la fe católica en la América Latina.

Abril: La difusión de la buena prensa en las tierras de misión.

Mayo: La defensa de la familia en el Japón.

Junio: Que el Cercano Oriente se libre de la amenaza del materialismo ateo.

Julio: La multiplicación de los apóstoles seglares en Indonesia.

Agosto: La fidelidad a la Iglesia en China.

Septiembre: Que las organizaciones pro educación y salud no fomenten la irreligión.

Octubre: La Obra Pontificia de San Pedro Apóstol pro clero indígena.

Noviembre: La solución cristiana al problema social en Africa del Sur.

Diciembre: Apostolado entre estudiantes de Asia y Africa en Europa y América.

En efecto, millones de desamparados sufren en Corea; India retarda el progreso de las instituciones católicas; en América Latina trabajan protestantes y marxistas, así como un materialismo craso; en el Japón se ha tratado de imponer oficialmente la artificial limitación de los hijos; los países árabes, en su antagonismo con algunas potencias occidentales, pueden ser fácil presa del comunismo; en China ruge la persecución que ha hecho vacilar a muchos cristianos; ciertos organismos mundiales recomiendan a sus naciones afiliadas prácticas dudosas, cuando no anticristianas; la esperanza de la Iglesia en nuevas tierras se posa en el clero nativo; en la Unión Sudafricana crece la lucha de clases entre blancos y negros; y los jóvenes africanos y asiáticos que estudian en las universidades cristianas de Europa y América son apóstoles en potencia para la conversión de sus atribulados continentes.

CONDENA DEL COMERCIO CON EL AGUA DE LOURDES

Por todas las casas de Lourdes se ha distribuído una hoja volante, suscrita por el Obispo de Tarbes y Lourdes, cuyo texto es como sigue:

"La comercialización del agua de la gruta es un escándalo que ha de terminar.

No queremos más pastillas de jabón ni bombones elaborados con agua de la gruta.

No admitimos que se vendan, como botones, ampollas con agua de la gruta.

Es odioso que se aumente el precio de un objeto porque contiene agua de la gruta.

Es intolerable, por ejemplo, que la misma estatuita de 350 francos sin agua de la gruta se venda a 420 con agua de ella.

¿Dónde está el respeto a la fuente milagrosa y a Nuestra Señora de Lourdes?

Que los culpables comprendan nuestro inmenso dolor. Ellos son los enemigos de Lourdes y de la Virgen Inmaculada. Son los destructores de las peregrinaciones. ¡Que se conviertan! Si no, ¿podrá Dios dejar impunes sus codicias y sus profanaciones?

El agua de la gruta es propiedad privada. Se perseguirá en justicia a todos aquellos que la usan para fines comerciales.

Yo sé que la población de Lourdes comparte mi disgusto y que ella es la que sufre las incursiones de Satán en la ciudad mariana.

Rindo homenaje a la honradez de numerosos comerciantes de Lourdes y les ruego que procedan, por el honor de la ciudad ,a una depuración que se hace necesaria. — **Pedro María Theas,** Obispo de Tarbes y Lourdes".

PANAMA INAUGURA UNA RADIODIFUSORA CATOLICA

PANAMA (NC). — **Con** la bendición del Excmo. **Mons. Francisco Beckman, arzobispo de esta arquidiócesis, ha quedado inaugurada la primera radiodifusora católica de** la nación.

La empresa es el resultado de arduos esfuerzos de los católicos panameños por tener una tribuna de difusión católica y por contrapesar la acción de otras radioemisoras de programas moralmente objetables. Durante los meses preparatorios de la instalación de los equipos no fueron pocos los obstáculos con que se tropezó, algunos de ellos puestos por otras radioemisoras, las cuales trataron de que el gobierno le negara el permiso de funcionar.

LA SANTA SEDE NO ES SIGNO DE DIVISION

ROMA (NC). — "**La Sede Apostólica no es signo de división: (al contrario) une aun en un mundo que parece irremediablemente despedazado**", afirma Carlo Adami en un artículo de **Il Quotidiano**, diario de la Acción Católica Italiana, al comentar el nombramiento de embajador de Estados Unidos en la Santa Sede.

La Sede Apostólica une sobre una base cristiana, naturalmente, agrega el articulista. "Valora a todos los hombres sin distinción de religión, raza o lengua. No busca privilegios o ventajas para sí, sino que sólo desea que el mundo se salve de la ruina, para que la fe renazca y las criaturas puedan hallar la fuerza moral que reconstruya a la sociedad en la justicia, el orden, la tranquilidad...".

En cuanto hace a la Santa Sede, la Unión Soviética y sus países satélites podrían estar representados ante ella, así como lo están otros 44 estados, con tal que la situación de los católicos en Rusia y las "democracias populares" fuera digna de hombres libres, agrega Adami. Fueron Rusia y sus satélites los que rompieron relaciones con Roma y no a la inversa.

"La Santa Sede no rechaza a nadie: el otro día recibió al representante de Pakistán y por eso no se convirtió en musulmana; mañana, si el Senado lo permite, recibirá al general Mark W. Clark, sin convertirse por ello en protestante", comenta el articulista. Si ya no hay representantes de Hungría, Checoeslovaquia, Albania, Rumania y China ante la Santa Sede, no es falta suya sino de quienes los expulsaron.

El editorialista dice al fin que la designación del general Clark no tiene carácter militar, como afirman los comunistas. Es simplemente que una potencia política se acerca a una potencia moral que siempre ha defendido la paz.

EL CONGRESO CATOLICO BOLIVIANO TOMA MEDIDAS POSITIVAS

LA PAZ (NC). — Cuando tocaba a su fin en la ponarámica ciudad de Cochabamba el Congreso Nacional de Asociaciones Católicas —convocado para repasar una década de apostolado, revisar sus métodos y analizar los problemas del país—, se planteó un conflicto con el Ministerio de Educación que preparaba secretamente una ley capaz de ahogar económicamente a los colegios católicos.

En la sesión inaugural del CNAC el nuncio apostólico en Bolivia, Excmo. Mons. Sergio Pignedoli, exhortó a los católicos del país a "que tengan conciencia de su fuerza y estén presentes en todas las manifestaciones de la vida boliviana... En la actualidad la Iglesia en Bolivia se hace sentir muy poco... Es urgente que todos, sacerdotes y laicos, se den cuenta de su fuerza espiritual y moral".

El congreso fué organizado por la junta nacional de la Acción Católica Boliviana, y en él participaron todas las organizaciones del apostolado seglar. Entre los problemas estudiados en sus sesiones que se prolongaron por seis días, figuraron la cuestión social, la educación de la juventud, la crisis moral de la familia, y el desamparo indígena. Cerca de 400 delegados de todo el país participaban en esos estudios, que culminaron en una serie de resoluciones y en un programa de acción inmediata.

Al echar una mirada sobre el pasado, el CNAC hizo un acto de contrición: los diez años no tuvieron el sentido apostólico necesario; la Acción Católica, hasta ahora reducida a "una vida de sesiones y reuniones", debe convertirse en "una vida de apostolado continuo".

Como remedio al mal se propuso adoptar el método activo (tradicional de otros movimientos especializados como la J. O. C.), de ver, juzgar y obrar, así como reformar los estatutos.

Frente al "grave problema de la educación" en Bolivia, dice una de las resoluciones, se acuerda la inmediata constitución de un Secretariado Nacional de Educación, que a la vez pueda rendir ayuda técnica a los colegios católicos, difunda los principios pontificios sobre la educación de la niñez y la juventud, y los lleve incluso a las cátedras que el Estado mantiene; el mismo secretariado impulsaría los movimientos juveniles católicos tanto intelectuales como físicos.

El Congreso en pleno protestó enérgicamente contra el proyecto del Ministerio, advirtiendo al gobierno que la AC estaba dispuesta a luchar por todos los medios legales en defensa de la libertad de educación garantizada por la Constitución Nacional. El régimen envió una respuesta descortés a los delegados, que procedieron entonces a crear comités permanentes confiándoles la tarea de mover la opinión pública en defensa de la libertad de educación.

A mediados de año el Episcopado de Bolivia —en el Congreso estaban presentes sus trece obispos—, había denunciado la deprimente situación jurídica de la Iglesia como una "condición de esclavitud" y pedían un concordato que reparara las injusticias derivadas del Patronato Español y de una serie de leyes sobre las propiedades eclesiástica y el matrimonio (1).

Nunca faltan funcionarios públicos —especialmente subalternos— "que no dejan pasar oportunidad para mostrar que Marx y Voltaire valen para ellos más que la Iglesia", se quejaban los obispos entonces.

Entre las conclusiones principales, el CNAC dispuso:

—Recordar a los dirigentes que su misión está antes en servir que en mandar.

—Orar por más sacerdotes, enaltecer constantemente su estima en la sociedad.

—Dar empuje a la difusión y aplicación de las encíclicas sociales.

—Incorporar al indígena a la civilización cristiana en justicia y caridad.

—Apoyar la fundación de una prensa católica fuerte.

Para misionar entre los indígenas se planea la formación de equipos ambulantes de catequistas que enseñen en idioma indígena, en ciudades y pueblos.

"(Hay que) señalar en forma valiente a los terratenientes católicos su obligación de... hacer efectivas en sus fincas las normas sociales de la Iglesia", agregó.

"Sería muy oportuno fundar un seminario católico nacional, sostenido por suscripciones y no por ofrendas, en lugar de tantas hojitas separadas", había dicho a los delegados Monseñor Pignedoli. El Congreso decidió fundarlo en La Paz.

---

(1) En el Nº 1147 de CRITERIO publicamos una versión completa de esta pastoral; y en el Nº 1148 le dedicamos un comentario. — N. de R.

Cine

CAPITANES DEL MAR. Sobre la vida de un viejo lobo de mar que adora a su nieto y odia a la ciencia, un ballenero al que los icebergs impiden llegar a Montevideo, un grumete al que se favorece injustamente en los exámenes y un joven marino experto en náutica científica, Henry Hathaway ha filmado una de las películas más largas e intolerables de la temporada. Cinta que debió ser de acción, muestra que para su director el summun del arte cinematográfico estriba en fotografiar diálogos en que el personaje que escucha está de espaldas a la cámara, y el que perora a dos metros. Los parlamentos son tan largos como la paciencia del público que resiste la vista hasta el final, y los únicos momentos interesantes en que parece que el barco va a hacer chatasca a los protagonistas, duran poco.

Lionel Barrymore, gordo y estereotipado, y Richard Widmark, son los personajes adultos. Dean Stockwell pone la nota infantil y entre lo icebergs de utilería y una nutrida colección de telones se logra completar la artificialidad del tema.

PANICO EN LA CALLE. Filmada dentro del más puro estilo documental, con aciertos geniales de dirección y una labor interpretativa de sinigual mesura y sobriedad, **Pánico en la calle** es una de las películas mejor realizadas del año. El director Elia Kazan ha tomado un tema de ribetes sensacionales por un lado y lo ha contrapuesto con el personaje principal, de conmovedora nobleza. El resultado ha sido una película perfectamente equilibrada, de ritmo muy bien sostenido desde el punto de vista cinematográfico, y que es en el fondo un can·o al cumplimiento del deber y al sentido de responsabilidad cívica.

Por un lado se ha introducido el director en los vericuetos del hampa, describiendo magistralmente a algunos de sus personajes, y por el otro ha profundizado en la psicología de un médico que se enfrenta a un problema de inusitada gravedad. El hilo argumental es simple, pues se limita a describir la búsqueda de un hombre, y por momentos el espectador desearía que las cosas no se encadenaran tan rápidamente para favorecer al protagonista; pero los detalles de dirección y uno que otro toque aislado colocan a la cinta en un plano de superior jerarquía. Especialmente notable es la escena final, en que el malhechor es identificado físicamente a una rata que huye, siguiéndolo la cámara primero entre las bolsas de una fábrica, luego por la parte baja de un muelle y por fin hasta una amarra en la que un platillo para evitar la subida de roedores al barco pone fin a su vida. Es esa secuencia digna de figurar en una antología cinematográfica.

Digna de toda alabanza es la presentación del personaje principal —extraordinariamente encarnado por Richard Widmark— que sólo contra todos se juega íntegro por sus semejantes. Hay en su manejo por parte de Kazan algo de Hitchcock, pero con la ventaja para el director hebreo de la extrema naturalidad que ha sabido comunicarle. En **39 escalones**, película que en cierto modo podría compararse en sus primeros actos a ésta, la trayectoria de Robert Donat mostraba demasiado patentemente la preocupación del director por exhibir su "oficio", cosa que aquí no vemos.

Película de excepcionales valores cinematográficos, muy bien dirigida y perfectamente interpretada, **Pánico en la calle** tiene además un mensaje de profunda constructividad, que la hace merecedora del cuadro de honor en que la colocamos en otro lugar.

DESESPERACION. Una cinta en la que se han reunido Hitchcock, Marlene Dietrich, Alastair Sims y Jane Wyman no puede ser mala... pero podría haber sido algo mejor que esta divertida tragicomedia en la que se han resuelto eficazmente muchos problemas —entre ellos el del argumento, muy bien planteado aunque el espectador sospeche **foul play**— pero que tiene concesiones difíciles de aceptar —entre ellas las escenas del **garden party**.

Hitchcock busca el manido "suspenso" con un poco de angustia, consiguiéndolo de a ratos. Hay momentos de excelente cine y ratos de muy buen teatro. Cooperan en lo primero el director y sus técnicos, y en lo segundo el mismo director y sus intérpretes. El saldo es ambivalente, pero muy entretenido.

NACIDA AYER. Cuando se estrenó en Buenos Aires la obra de teatro de Garson Kanin, esta página fué de las poquísimas que clamó que estábamos ante una de las comedias más interesantes y constructivas de la escena moderna. Ahora hemos visto una versión mucho más auténtica, sin los escollos de la traducción, y aunque podría sospecharse que el traslado de las tablas a la pantalla ha perjudicado la esencia del drama, la verdad es que hemos podido preciar bellezas que en la traducción castellana no logramos captar.

Nacida ayer es una película estupenda, con un mensaje que no podría ser más adecuado a los tiempos que vivimos. Su protagonista es un ser de elemental decencia que por invencible ignorancia lleva una vida absurda, pero que apenas descubre que existen valores trascendentes, los acepta. Es la historia de una conversión laica.

con hermosísimas escenas de sinigual ternura. En cierto modo, el personaje principal tiene algún parentesco con Sarah Miles, la heroína de la última novela de Graham Greene, pues se cumple en ella la distinción entre aparente imperfección moral y auténtica honestidad. La figura con que Garson Kanin ha delineado su psicología y el hallazgo del título, no son, sin embargo, los únicos méritos de esta cinta. Hay en ella una denuncia cruel pero saludable de los métodos de ciertos compradores de conciencias, y un bello ejemplo de que no siempre el dinero todo lo puede. Al igual que Capra, Kanin, muy bien interpretado por el director Michael Curtiz, prefiere realzar la virtud antes que vituperar el vicio, que se hunde por sí solo. Consigue su fin, y sin concesión alguna a la preocupación moral, nos da una obra artísticamente extraordinaria.

Judy Holliday ganó el premio de la Academia de Hollywood por su trabajo en esta película. Pocas veces se ha hecho justicia de una manera más exacta. Su labor es inolvidable. Sin apartarse de una modalidad que da a su papel un sello definido, va transformándose de manera casi imperceptible a medida que transcurre la cinta y se opera su conversión. Su personaje es exagerado, pero consigue el milagro de mantenerlo dentro de una mesura dignísima. La bondad intrínseca de la muchacha sin oportunidades espirituales que ha seguido una vida que no le corresponde, pero de la que no le cuesta nada salir cuando nace a los valores superiores, está reflejada en matices de voz y movimientos casi imperceptibles del rostro, que revelan juego escénico e inteligencia extraordinarios. Sea en lo cómico —la escena de la partida de gin rummy basta para consagrar a un director y unos intérpretes— como en lo dramático —la parte en que es abofeteada alcanza un pathos de fortísima emoción— o lo romántico, June Holiday merece los máximos laureles.

A su lado, Broderick Crawford compone con sagacidad el personaje brutal del pistolero, al que transmite toda la ignorancia, estupidez y maldad que el libreto requería. En un papel muy simpático, William Holden ratifica bien ganados valores.

ADIOS A LA VIDA. En medio del alud de temas intrascendentes con que nos ha saturado la pantalla mundial en los primeros meses de 1951, debe destacarse el argumento de **Adiós a la vida** como un honesto esfuerzo de originalidad, amén de que encara un problema que no por poco corriente deja de tener sincero interés humano.

La situación de la mujer que sabe que va a morir de una enfermedad incurable y desea que su marido case en segundas nupcias con alguien capaz de continuar la armonía del hogar, es reflejada en la pantalla con aciertos parciales. Al lado de escenas de gran fuerza dramática como la del protagonista con el amigo viudo que le presenta a una mujer vulgar con la que piensa casarse, se teje una historia de resbaladiza moral. Claro está que todas las dificultades provienen de la actitud de la protagonista que oculta hasta último momento su estado de salud, pero el libretista supone salvar este escollo pintándonos un marido más bien débil al que sólo con la disimulación de la verdad se podrá encaminar. De cualquier manera, la película debe ser juzgada tal como ha sido hecha, y si bien discrepamos con ese y otros detalles, no podemos menos que alabar la buena intención de los productores.

Margaret Sullavan pone ternura y voz desgarradora en su difícil papel. Viveca Linfords asoma su interesante físico y los demás cumplen con corrección.

EL ODIO ES CIEGO. Casi terminado el año, **Pánico en la calle** y **Nacida ayer** nos reconciliaron con Hollywood. **El odio es ciego** ha logrado que esa reconciliación se convierta en entusiasmo, y éste es el momento en que estamos por afirmar que a pesar de las excelentes películas europeas que se están exhibiendo, el cine norteamericano sigue ocupando el primer lugar.

Pero jerarquías aparte, conviene destacar que **El odio es ciego** posee valores de excepción, pues no sólo trata de un tema candente como el de lucha de razas en Estados Unidos (sólo los norteamericanos son capaces de perseguir a los negros con tanta brutalidad, y sólo los norteamericanos son capaces de denunciar esta persecución con tanta honradez y eficacia) sino que el director Mankiewicz ha realizado un trabajo de gran jerarquía.

El odio es ciego combina lo policial con el alegato, destacando Mankiewicz dotes de eminente realizador en ambos terrenos. La descripción psicológica de los personajes acude en más de una eventualidad al detalle aparentemente baladí, pero expresivo. La debilidad e infantilismo del papel que le toca encarnar a Richard Widmark, es subrayada por diversas revistas de historietas gráficas que son la única lectura que se le ve hacer en toda la cinta. El recurso de la radio a toda fuerza en uno de los momentos más álgidos es todo un hallazgo. La serenidad de la madre negra cuando su hijo acude al llamado de sus congéneres y la descripción de los hampones blancos en salones de billar cuya sordidez es inusitada en películas norteamericanas, son dos detalles entre varios que revelan la garra del director. Lástima grande que la escena final esté tan alargada y sea tan inverosímil. Con un poco de atención que se hubiera prestado a las fallas del guión en esos momentos, la cinta hubiera salido casi perfecta.

Constructiva y muy bien dirigida, **El odio es ciego** consagra a Richard Widmark como uno de los actores jóvenes más inteligentes de Hollywood. Sidney Poitier trabaja con gran sinceridad, y Joseph Mankiewicz revela que no en balde ha sacado premios de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood por sus labores.

Vagabond JIM

EL AÑO TEATRAL Y CINEMATOGRAFICO 1951

EN otro lugar de esta página encontrará el lector el habitual cuadro crítico con que sintetizamos la temporada de espectáculos del año. Pocas veces ha sido tan difícil la tarea... y al mismo tiempo, pocas veces ha sido tan triste para los que hubiéramos querido que la literatura dramática y la cinematografía argentina figuraran en primer plano. Tal es así, que modificando la costumbre que tuviéramos desde que nos hicimos cargo de la página, no hemos tenido más remedio que dedicar un capítulo aparte para la calificación de películas argentinas, tan inferiores a las extranjeras que no puede medírselas en la misma vara. Comprendemos que la actitud no es simpática, y afirmamos que hemos meditado mucho antes de asumirla, pero las circunstancias nos han obligado. Hubo una época en que los productores nos ofrecían cintas como **Tres hombres del río** o **Prisioneros de la tierra**, comparables a cualquier buena película extranjera; pero los últimos años han sido lamentables en cuanto a jerarquía artística. De ahí, que no hayamos tenido más remedio que abrir un nuevo casillero para que apareciera algún nombre argentino en el cuadro.

En teatro, la situación es peor. Aquí no hemos calificado a la mejor obra nacional del año, porque tendríamos que haber declarado desierta la distinción. A pesar de haber revisado con los ojos más benevolentes la colección de CRITERIO de 1951, no ha sido posible encontrar una pieza digna de alabanza. Quizá haya sido la de mayor jerarquía **La llave en el desván**, pero de ahí a señalarla como extraordinaria hay un trecho.

A quienes hayan leído nuestra crítica sobre **Un tram che si chiama desiderio**, no extrañará que la hayamos calificado la mejor obra del año. Tragedia de proyecciones vastas, posee elementos de teatralidad extraordinarios, más un mensaje de ternura y compasión que la hacen excepcional.

Posiblemente, la novedad más importante después de la obra de Williams, haya sido **Il giocatore** de Ugo Betti, pero su complejidad merece un estudio mucho más sereno del que puede hacerse en una sola representación. De ahí que no la coloquemos en el cuadro, aun cuando sea de indispensable honestidad mencionarla aquí.

Historia de una escalera ocupa el segundo lugar en la elección anual. Débese ello a que su autor ha revelado agudas condiciones de observador, desbordante humanidad y garra dramática de primera agua. La pieza es hermosa, sencilla y directa. Hay en ella poesía y diestro manejo de los resortes teatrales.

Parade no fué una obra coherente sino un desfile de artistas excepcionales en un torneo de teatro de la mejor calidad. Como esta página atiende sobre todo a lo que las piezas dicen, no la hemos colocado más arriba, pero notará el lector que sus directores han sido calificados los mejores del año, por su sentido de la escena, el ritmo y las luces. En sus tres espectáculos, la compañía Grenier-Hussenot dejó una impresión inolvidable por la perfección con que prepararon sus excepcionales programas. Posiblemente hayan sido esas tres noches las más hermosas de 1951, desde el punto de vista teatral.

Hemos integrado el cuadro de honor dramático con **Orion le tueur**, divertidísima farsa presentada por el teatro Franco-Argentino. Fué un espectáculo de rara jerarquía, en el que se distinguió sobremanera la labor de Simone Garma, directora a la que nos ha parecido oportuno distinguir en su labor específica en el casillero correspondiente.

La mensión especial al ballet de Mrilani Sarabhai se explica por el deleite estético que significó su actuación, que marcó uno de los puntos más culminantes de la temporada por la pureza de su arte.

Vittorio Gassmann figura en primer término entre los actores, porque reveló condiciones de ductilidad raras de encontrar en un hombre tan joven. Hemos elegido como

las más interesantes sus creaciones de **Oreste**, impetuoso, avasallador, exhuberante; en contraste con el trabajo de **Adamo**, medido, matizado, y dificilísimo. Sus otras interpretaciones fueron también magnífica, y resultó explicable la fama con que llegó de ser el mejor actor de Europa. (También es explicable que se diga lo mismo de Barrault o Ruggeri, Olivier o Gielgud).

El cuadro de honor de intérpretes masculinos tiene el defecto de su nacionalismo, si es que ello puede configurar un inconveniente, pero tanto Grenier —que es extraordinario— como Robert —excelente en **Liliom**— y Chevalier —sobre el que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir— son tres artistas que honran cualquier teatro.

Fué fácil indicar a Elena Zareschi como la mejor actriz que haya pisado un escenario argentino en 1951, pero no lo fué escoger la obra en que más se distinguió. En un primer momento nos inclinamos por su actuación en **Oreste**, pero luego pensamos que en la pieza japonesa en que hizo el coro, demostró condiciones de plasticidad, matices, voz y prestancia, que bajaron la balanza a su favor.

Diana Torrieri fué una actriz regular, estudiosa, que en su parte de **Il luto s'addice a Elettra** alcanzó notas vibrantes. Ello nos indujo a ponerla en el cuadro, que integramos con Eloisa Cañizares, actriz chilena que trabaja en compañías argentinas, que en su breve parte de **Hipocampo** exhibió un "ángel" privativo de las artistas auténticas.

Ya hemos hablado de las razones que nos llevaron a encabezar la lista de directores con Grenier y Hussenot. Ocioso sería repetir las alabanzas que mereció Gassmann en la tragedia de Alfieri, que montó con personal concepción clásica. Señalemos que la inclusión de Gorostiza en tan ilustre compañía nos parece merecido estímulo a quien con meritorio esfuerzo montó un difícil espectáculo. Lógicamente, lo mismo debe decirse de la señora de Garma.

Saulo Benavente nos da el gusto de que un argentino figure a la cabeza de los escenógrafos. Su labor en **Un sombrero de paja de Italia** y **Orion le tueur** fué deslumbrante y refinada. Pocas veces hemos visto una combinación de colores más apropiada, y una compenetración más estética con el espíritu de las obras. A su lado, hemos puesto a Luzati y Carpi, originales y sobrios.

Por último, a manera de premio estímulo, nos ha parecido justo recordar la excelente labor luminotécnica de Luis Renny, eficaz colaborador de Gorostiza en la puesta en escena del drama de Salacrou.

Las menciones a **La estrella cayó en el mar**, **FB** y **Crimen en borrador** han sido ampliamente merecidas por sus distinguidos autores, que pusieron en el panorama teatral argentino una nota de evidente interés prara el estudio sociológico y psicológico de las multitudes, aún cuando en el caso de la nombrada en tercer lugar, el estudio haya debido derivarse al del vacío.

Al calificar a **Harvey** la mejor película del año, hemos tenido en cuenta una serie de factores que exigen explicaciones. Lógicamente, no es la cinta de Koster un dechado de perfección cinematográfica. Tiene varios errores y hasta una que otra escena superflua, pero el mensaje es de tal calidad que desechando la idea de hacer una clasificación de películas teniendo en cuenta ante todo su constructividad, hemos dejado a **Harvey** como lo mejor. Su dirección es algo teatral, pero posee la suficiente jerarquía como para recomendarla, y en cuanto a la interpretación de Stewart es excepcional. Unase a ello medido equilibrio entre los demás factores artísticos y se comprenderá la razón de nuestra decisión.

Sobre **Nacida ayer** y **El odio es ciego** hablamos en otro lugar de la página, al igual que acerca de **Pánico en la calle**. Agreguemos que el equilibrio y la interpretación de **La heredera**, la dirección y los valores intrínsecos de **Luchador** en cuanto película con enseñanza positiva, y la inquietud puesta de manifiesto por Stanley Kramer al darnos la excelente **Vivirás tu vida**, justifican el nutrido cuadro de honor.

Poco costó destacar a James Stewart como el mejor actor del año por su trabajo en **Harvey**. Dió al personaje una vida interior y lo encarnó con un talento que ya han hecho historia en el cinematógrafo. Montgomery Clift y Marlon Brando son los dos actores principales que figuran en el cuadro, junto a Richard Widmark. Sobre éste puede leerse la crítica de **Pánico en la calle**. Los otros dos dieron a sus papeles la sugestión que los respectivos guiones requerían. Quizá la labor de Clift haya sido de más recursos, pero la de Brando fué también muy buena.

Entre los actores de reparto figuran Ralph Richardson, gran señor de **La heredera**, Leonide Massine, que no sólo bailó a la perfección sino que se caricaturizó a sí mismo con agudo humorismo en **Zapatillas Rojas**, y la pareja Tobías-Ford, que en **Luchador** crearon dos composiciones de avasalladora fuerza.

Meditamos bastante antes de preferir a Judy Holiday en

el renglón de interpretaciones femeninas. Posiblemente nos haya inducido a la elección la mayor simpatía de su papel frente al de la excepcional Olivia de Havilland en **La heredera**. De cualquier modo, fueron dos labores de notable jerarquía. La mención a Ana María Pierangeli, que estuvo muy lejos de las dos actrices arriba nombradas, representa un premio estímulo para una criatura que trabaja con sinceridad y convicción, y a quien Dios ha dotado de un rostro de elocuente expresión.

Quizá sorprenda que Robert Wise encabece la lista de directores, y posiblemente llame más la atención saber que lo elegimos sin el menor titubeo. **Luchador** no tiene una sola falla perceptible de dirección. Ritmo, montaje, secuencias, ambiente, clima, enfoques... no hay en ella nada que no haya sido planeado y solucionado de la manera más cinematográfica posible. Al mismo tiempo, el modo como marcó Wise sus papeles a los personajes, sólo merece plácemes. **Luchador** es cine de la mejor calidad.

En el cuadro de honor hemos destacado a Fred Zinemann, que dirigió **Vivirás tu vida** de acuerdo a clásicos cánones documentales, dando al mismo tiempo el interés humano que la acción y el argumento requerían. No hemos podido menos que anotar el nombre de William Wyler, que en **La heredera** trasladó el problema de la protagonista a la pantalla y sin que la factura teatral del original lo molestara; ni de Augusto Genina, extraordinario en los primeros actos de **Cielo sobre el pantano** aunque después decaiga; no de Powell y Pressburger, que con sólo el ballet de **Zapatillas rojas** merecen una corona de laureles críticos. En cuanto a los otros directores, su mención está explicada en las respectivas críticas que aparecen simultáneamente.

Como dijimos, no hemos podido colocar al cine nacional en parangón con el extranjero. Lo mejor ha sido **La última escuadrilla** porque fué lo que sus realizadores quisieron que fuese. **Los isleros**, más ambiciosa, tuvo altibajos que la colocan en un segundo plano.

Jaime POTENZE

RESUMEN DE LA TEMPORADA 1951

TEATRO

Lo mejor
Un tram che si chiama desiderio

Cuadro de honor
Historia de una escalera
Parade
Orion le tueur

Mención especial
Ballet hindú Mrilani Sarabhai

El mejor actor
Vittorio Gassmann *(Oreste, Adamo)*

Cuadro de honor
Jean Pierre Grenier *(Parade)*
Yves Robert *(Liliom)*
Maurice Chevalier

La mejor actriz
Elena Zareschi *(Nel quartieri dei piaceri)*

Cuadro de honor
Diana Torrieri *(Recital d'addio)*
Eloisa Cañisarez *(Hipocampo)*

El mejor director
Jean Pierre Grenier - Oliver Husenot *(Parade)*

Cuadro de honor
Vittorio Gassmann *(Oreste)*
Carlos Gorostiza *(Noches de cólera)*
Simone Garma *(Orion le tueur)*

La mejor escenografía
Saulo Benavente *(Un sombrero de paja de Italia)*

Cuadro de honor
Emanuele Luzati *(Nel quartieri dei piaceri)*
Fiorenzo Carpi *(Nel quartieri dei piaceri)*

Mención especial e iluminación
Luis Renny *(Noches de cólera)*

Lo peor
La estrella cayó en el mar

Cuadro de deshonor
Crimen en borrador
F. B.

CINE

Lo mejor
Harvey

Cuadro de honor
Nacida ayer
Luchador
El odio es ciego
La heredera
Vivirás tu vida
Pánico en la calle

El mejor actor
James Stewart *(Harvey)*

Cuadro de honor
Richard Wydmark *(Pánico en la calle)*
Ralph Richardson *(La heredera)*
Montgomery Clift *(La heredera)*
Leonide Massine *(Zapatillas rojas)*
Marlon Brando *(Vivirás tu vida)*
George Tobias *(Luchador)*
Wallace Ford *(Luchador)*

La mejor actriz
Judy Holiday *(Nacida ayer)*

Cuadro de honor
Olivia de Havilland *(La heredera)*
Ana María Pierangeli *(Mañana es demasiado tarde)*

El mejor director
Robert Wise *(Luchador)*

Cuadro de honor
William Wyler *(La heredera)*
Fred Zinemann *(Vivirás tu vida)*
Joseph Mankiewicz *(El odio es ciego)*
Ella Kazan *(Pánico en la calle)*
Augusto Genina *(Cielo sobre el pantano)*
Powell y Pressburger *(Zapatillas rojas)*

La mejor película argentina
La última escuadrilla

Cuadro de honor
Los isleros

Libros

PARROQUIA, COMUNIDAD MISIONERA, por G. Michonneau y el equipo social del Sagrado Corazón de Colombes. Desclée de Brouwer, Buenos Aires.

EL P. Michonneau es conocido hoy en toda Europa a causa de sus largas y variadas experiencias parroquiales en ambientes puramente proletarios. El autor de las presentes líneas, que lo conoce personalmente, recuerda la conferencia que dicho sacerdote pronunció en Roma, el año 1948, en el aula magna de la Universidad Gregoriana, ante un auditorio compuesto en su mayor parte de clérigos y religiosas. El éxito que obtuvo fué enorme, y merecido. Con razón, al presentar a los lectores este libro, el R. P. Chéry, de la Orden de Predicadores, lo muestra como uno de los más interesantes entre los publicados sobre los problemas del apostolado en estos últimos tiempos.

El P. Michonneau ha examinado con perfecto realismo el mal. ¿Por qué debe la parroquia, sin descuidar ninguna de sus funciones tradicionales, tomar un aspecto misionero? Sencillamente porque una gran parte del pueblo, o no es bautizado, o ha abandonado en la práctica todos los caracteres de la vida cristiana. El autor se refiere a Francia, pero si queremos ser sinceros habremos de reconocer que otro tanto ocurre en muchos países. Nosotros hablamos de naciones católicas: ¿pueden merecer este calificativo aquellas en que un cuarenta o más por ciento de niños están sin bautizar, un cincuenta por ciento no se casa religiosamente, más de otro tanto no oye misa jamás, en que las leyes prescinden de la moral cristiana, y las costumbres la contradicen? En tales casos el régimen misionero se impone, no en cuanto a la organización de la jerarquía en vicariatos apostólicos, pero sí en cuanto a las formas de la acción difusora del cristianismo: son países que conquistar, y no simplemente que conservar.

Pero el P. Michonneau no se reduce a la crítica, que siempre es fácil: narra sus experiencias realizadas para curar el mal. No establece grandes teorías abstractas, sino que considera lo que puede llevarse a cabo en una parroquia eminentemente proletaria como lo es la suya. No pretende que sus sugestiones sean aplicables en todas partes al pie de la letra, no aspira a formar escuela, pero muestra al menos lo que no debe hacerse, so pena de perder la audiencia de las masas descristianizadas.

Por mi parte, abrigo la persuación de que el libro del P. Michonneau es interesante y supremamente útil, pues abre el camino a una más recta comprensión de los problemas planteados a la acción apostólica en nuestras grandes ciudades.

G. J. Fr.

ANTOLOGIA SANMARTINIANA, por Julio César Raffo de la Reta. Angel Estrada y Cía. Buenos Aires.

POR su disposición de materiales, selección de textos y reproducciones fototípicas, y exquisita presentación tipográfica, no existe, según creo, en el país una antología sanmartiniana, ni tampoco de otro personaje alguno que pueda cotejarse con la preparada por el Sr. Raffo de la Reta y editada por la tradicional casa Estrada y Cía. La pulcritud del trabajo, en los dos sentidos de la síntesis histórica, compendiosa y clara, y de la presentación estética, severa y rica, coloca a este libro en el primer plano de la producción bibliográfica nacional, o sea a la par de lo mejor que hasta hoy salió de las prensas argentinas.

Entre los diversos escritores que fueron llamados a colaborar a esta antología, y que examinan diversos aspectos de la vida y obra sanmartiniana, figuran el duque de Alba, Gregorio Marañón, Melchor Fernandes Almagro, Raúl Montero Bustamante, Ricardo Levene, Carlos Alberto Leumann, Edmundo Correas, Felipe Barreda Laos, y muchos otros, conocidísimos todos ellos en el campo de las letras y la historia. Y capítulos como los consagrados por el Sr. Rafael M. Demaria a las armas de la independencia, o por el Sr. Justo P. Sáenz (hijo) a la caballería del general San Martín, son desde el punto de vista técnico de un valor tal que ellos sólos bastan para dar mérito al volumen.

Como todos los hombres de valor excepcional, San Martín ha sido víctima de los escribidores sin sustancia y de los historiadores a la violeta. Impónese entonces, entre tanta hojarasca, seleccionar los libros de enjundia, los que aportan una contribución positiva al conocimiento del gran hombre deben ser objeto de la preferencia general. No vacilo un instante en colocar entre éstos la Antología sanmartiniana, en que puso la editorial Estrada un esfuerzo que el éxito coronó.

G. J. Fr.

Acaba de aparecer



Combínanse, en la presente obra, auténticos datos biográficos de Federico Ozanam con circunstancias probables y conversaciones verosímiles pero imaginadas, en las que se han interca'ado ideas y frases extraídas de sus cartas, conferencias y obras literarias e históricas. Mas, por sobre todo, se ha tratado de presentar intacto cuanto hubo de grande y profundo en su elevado espíritu. Y junto a él desfilan las grandes personalidades de la primera mitad del siglo XIX que, girando dentro de la órbita de su vida, formaron una bri'lante constelación humana.

QUINIENTAS PAGINAS - CUARENTA ILUSTRACIONES

$ 32.—

EDITORIAL CRITERIO S. R. L.
ALSINA 840 — T. E. 34-1309

Distribuye:
EDITORIAL "FIDES" LIBRERIA
CHARCAS 1823 — T. E. 42-9285

PROFESIONALES

MEDICOS

Dr. José Daniel Aráoz
ESPECIALISTA EN OIDO, NARIZ Y GARGANTA
ex Jefe del Servicio del Hospital Bosch
CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001
Part. 44 - 4730

Dr. Iván J. L. Ayerza
MEDICO
Traumatología y Ortopedia
JUNCAL 2373 — T. E. 78 - 2823

Dr. Antonio Balcazar Morrison
CLINICA MEDICA
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 2538
Pedir hora — T. E. 71-9483

Dr. Luis María Baliña
ENFERMEDADES DE LA PIEL
MAIPU 975 — T. E. 31-2253

Juan Bidart Malbrán
MEDICO
JOSE EVARISTO URIBURU 1295 — T. E. 44-0943

César Cardini
MEDICO
CHARCAS 788 — CAPITAL

Dr. Carlos Alberto Castaño (hijo)
MEDICO CIRUJANO
PARAGUAY 725 — T. E. 31-2372

CLINICA Y SANATORIO CORDOBA, S. A.
Maternidad - Cirugía - Especialidades
Avda. CORDOBA 3371 — T. E. 86 - 4001

SANATORIO FLORES
INSTITUTO DE CLINICA NEUROPSIQUIATRICA
Director: Prof. Dr. GONZALO BOSCH
Tte. Gral. DONATO ALVAREZ 350 - T. E. 63 - 0027
BUENOS AIRES

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
SARMIENTO 839 — T. E. 35 - 0257 — Partic. 44 - 3380
Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
MEDICO DE NIÑOS
Avda. LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN 946
Pedir hora — T. E. 42-5002

Raúl A. Devoto
CLINICA MEDICA
MELO 1994 — T. E. 44 - 3029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs.
Pedir hora

Dr. Jorge Galárraga
MEDICO CIRUJANO
Ginecología y Obstetricia
Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
ESMERALDA 634, 4º Piso — T. E. 35 - 3730

Dr. Carlos J. García Díaz
MEDICO DE NIÑOS
Av. CALLAO 531 — T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
MELO 1994 — T. E. 73 - 5152
Pedir hora

Dr. Carlos A. Llambías
MEDICO
Avda. CALLAO 569 — T. E. 35 - 3388
Solicitar hora

Dr. Atilio R. Maggiolo
MEDICO
Lunes, Miércoles y Viernes
Avda. SANTA FE 2885 — T. E. 78 - 3499

Miguel F. Méndez Trongé
MEDICO OCULISTA
ARENALES 2117 — T. E. 44 - 5997

Dr. Jorge Nocetti Fasolino
MEDICO DE NIÑOS
VIAMONTE 1716 — T. E. 35 - 5587
Pedir hora

Dr. Jorge Olivera
MEDICO

Dr. Octavio Pico Estrada
Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires - Director del Instituto de Clínica Médica del Hospital Nacional de Clínicas.
JUNCAL 2186 — Pedir hora a: T. E. 73 - 0772

Dr. Marcial Quiroga
MEDICO

Dr. Germán C. Rillo Cabanne
OCULISTA
Martes, Jueves y Sábado - Pedir hora
CANGALLO 1968 — T. E. 48 - 0238

Dr. Ramiro C. Rodríguez
DERMATOLOGO
OBLIGADO 3127 — T. E. 70 - 6371
Pedir hora

Dr. Sebastián Alberto Rosasco
MEDICO CIRUJANO DE NIÑOS

Dr. Aurelio E. Serantes Lasserre
UROLOGO
Lunes, Miércoles y Viernes, de 14 a 16 hs.
SOLIS 1361 — T. E. 23 - 5265

Dr. Jorge Tamini
ENFERMEDADES DEL PULMON
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
RIO BAMBA 118 - 1er. Piso — T. E. 48 - 5073

Dr. Guillermo Zorraquin (hijo)
MEDICO CIRUJANO
JUNCAL 1188 — T. E. 42 - 0480

ABOGADOS - ESCRIBANOS

Carlos A. Bellati
ABOGADO
LAVALLE 1005, 2º piso — T. E. 35 - 2192

Dr. Angel Gómez del Río
ABOGADO
CORRIENTES 115 — PARANA (Prov. de Entre Ríos)

Roberto H. Lanusse
ABOGADO
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Jaime Potenze
ABOGADO
MEXICO 613 (3º D) — T. E. 30-6835 — Buenos Aires
COLONIA 1554 (3º 6) — U. T. E. 40-1249 — Montevideo

Eduardo A. Roca
ABOGADO
SARMIENTO 643 — CAPITAL

INGENIEROS - ARQUITECTOS

Rafael Ayerza
ING. CIVIL
MONTEVIDEO 434 — T. E. 35 - 9041

Francisco D'Arcángelo
ING. CIVIL
MORELOS 17 — T. E. 66 - 2439

Aristóbulo A. de Seta
ING. INDUSTRIAL
GARIBALDI 129 — T. E. 243 - 4212
LOMAS DE ZAMORA

Emilio M. C. Devoto
ING. CIVIL
PAMPA 5654 — CAPITAL

M. Roberto Gorostiaga
ING. CIVIL
PIEDRAS 383 — T. E. 34 - 2222

Luis M. Gotelli
ING. CIVIL
YERBAL 176 — T. E. 60 - 3446

Antonio R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Fernando R. Lanusse
INGENIERO CIVIL
SAN MARTIN 232 — T. E. 33 - 6289

Javier M. Laurenz
INGENIERO CIVIL
Avda. CORDOBA 1351 — T. E. 41 - 8141

Roberto Leggiero
ING. CIVIL
BELGRANO 3252 — T. E. 30 - 3179

Carlos E. Olivera
ING. CIVIL
Cemento Armado
Avda. DE MAYO 1370 — T. E. 38 - 4549

Esteban Pérez
ING. INDUSTRIAL
TREINTA Y TRES 40 — T. E. 62 - 4392

Ricardo M. Puelles
INGENIERO AGRONOMO
PARANA 1631 — T. E. 42 - 7253

Eckhardt Rathgeb
ING. CIVIL
DIAGONAL NORTE 760 — T. E. 34 - 8129
Ofic. 77 - 3er. piso

Eduardo Saubidet
ING. CIVIL
TALCAHUANO 1090 — T. E. 42 - 2173

Jorge A. Scotto
ING. CIVIL
BOLIVAR 177 — T. E. 33 - 3730

Silvio Pablo Uberti
ING. INDUSTRIAL
Bdo. DE IRIGOYEN 128 — T. E. 38 - 3432

Basilio Uribe
ING. CIVIL
5 DE JULIO 1953 — T. E. 741 - 0500
OLIVOS

Vargas y Aranda
ARQUITECTOS
SAN MARTIN 683 — T. E. 31 - 1211 BUENOS AIRES
CALLE 31 — U. T. E. 619 PUNTA DEL ESTE

Luis Vernet Basualdo
ARQUITECTO
POSADAS 1349 — BUENOS AIRES

VARIOS

Dr. Carlos H. Campi
BIOQUIMICO
Análisis Clínicos
LIBERTAD 893 — 44 - 3849

Mario L. G. Costantini
AGRIMENSOR
CALLAO 626 — T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
CONTADOR PUBLICO NACIONAL
SAN MARTIN 232 — T. E. 30 - 0061

CORREO Argentino | Central (B)

FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 231

TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 476

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap m$n. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1308 - Bs. As.

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
10 DE ENERO DE 1952